PEQUEÑAS LABORES

rivka galchen





TRÁN
SITO

traducido por inga pellisa

Título original: Little Labors

DISEÑO DE COLECCIÓN: © Donna Salama

DISEÑO DE CUBIERTA: © Donna Salama

FOTOGRAFÍA DE SOLAPA: © Nina Subin

IMPRESIÓN: KADMOS

Impreso en España – Printed in Spain

IBIC: FA

ISBN: 978-84-126039-0-3

eISBN: 978-84-126528-5-7

DEPÓSITO LEGAL: M-28688-2022

www.editorialtransito.com

Síguenos en:

www.instagram.com/transitoeditorial

www.facebook.com/transitoeditorial
@transito_libros


Canada Council
for the Arts
Conseil des arts
du Canada

PEQUEÑAS LABORES

rivka galchen



traducido por Inga Pellisa

Contenido

Libros para niños

En los libros para niños rara vez aparecen niños. Aparecen animales, o monstruos o, de cuando en cuando, niños que se comportan como animales o monstruos. En los libros para adultos aparecen, casi invariablemente, adultos.

La niña cristal

Me dice mi madre que la gente le dice, cuando sale por ahí con la bebé, que la bebé es una niña cristal. Algunas personas le piden permiso para tocarla, porque el contacto con un niño cristal es sanador. «Tendrías que investigar qué es, lo de los niños cristal», dice más de una vez mi madre, que tiene un máster en Ciencias de la Computación y una licenciatura en Matemáticas. Desde el mismo momento en que mi madre conoció a la bebé, le pareció una criatura superior y excepcional; que le atribuya las cualidades de una niña cristal es un paso más en esta historia.

Al final me puse y busqué información sobre los niños cristal. En internet. Descubrí que, a diferencia de los niños arcoíris, los niños cristal lo pasan mal porque creen que pueden cambiar la forma de pensar de la gente y sanar el mundo; los niños arcoíris, por el contrario, entienden que no es posible cambiar a las personas y que solo se las puede amar tal y como son; los niños arcoíris, por tanto, experimentan menos frustraciones que los niños cristal. Los niños cristal, explica una web, nacieron mayoritariamente en los noventa, mientras que los niños arcoíris llegaron, en general, con el nuevo milenio —antes de la generación de niños cristal hubo una generación de niños índigo—, de manera que tal vez la puma sea en realidad una niña arcoíris y no una niña cristal, o tal vez forme parte de una generación aún más nueva y todavía pendiente de epónimo.

Puede que, al igual que los niños de la Edad Media que nacían con hipotiroidismo congénito (común antes de la sal yodada, porque el yodo es esencial para el desarrollo de la tiroides) tenían un aspecto determinado, y divergían mentalmente de la norma, y recibían el nombre de chrétiens —que con el tiempo, por desgracia, se convertiría en cretins, pese a que por aquel entonces solo significaba «cristianos»—, lo de los niños cristal, arcoíris, índigo sean términos que se usan principal, aunque no preceptivamente, para referirse a niños con unos rasgos inusuales que acostumbran a asociarse con el autismo o el síndrome de Down.

No sé por qué, empiezo a creer en los niños cristal, y en la idea de que mi hija posee esos poderes sanadores extraordinarios que se les atribuyen a los niños cristal. Empiezo a creerlo a pesar de que, a diferencia de mi madre, yo no tengo un máster en Ciencias de la

Computación ni una licenciatura en Matemáticas. Cuando, un día, leo que Isidoro de Sevilla afirmaba ya, en el siglo XVII, que el mundo era redondo, que lo sabía intuitivamente, decido que el dato es relevante.

Pero sigo sin entender por qué a mí no me ha parado nunca nadie en la calle para hablarme de los niños cristal, por qué solo paran a mi madre. Y no entiendo por qué mi madre, que por norma desconfía de cualquier comentario que hagan «los demás», está tan abierta a estos comentarios. Una persona importante me dice: «Tiene pinta de ser una forma de amar y de valorar a los niños complicados». Desde luego, le digo, tiene pinta de ser eso. «Igual tu madre te está diciendo que ella es una niña cristal. O tú».

Hace mucho mucho tiempo, a finales de agosto

A finales de agosto nació una bebé, o, según me pareció a mí, una puma se instaló en mi apartamento, una fuerza casi muda, y luego me di cuenta de que estábamos en diciembre y se estrenaba una película en lo que se conoce a veces como el día en el que nació el Salvador. Si nos ateníamos al tetráptico del cartel promocional, en La leyenda del samurái: 47 Ronin aparecían un Keanu Reeves, un robot, un monstruo y una joven vestida de verde y, por motivos inciertos, colgada bocabajo. Ese cartel que me cruzaba cada dos por tres estaba al final de mi manzana, debajo de una academia de baile, en la esquina de un súper pegado a una tienda de ropa japonesa cuya especialidad son los looks inspirados en la moda urbana estadounidense, y enfrente de una pizzería a un dólar la porción en la que suena permanentemente pop mexicano. Yo estaba en plena locura melatonínica en aquella época. He ahí el motivo, tal vez, por el que empezó a parecer que el cartel, cuando pasaba por delante, cuatro o cinco veces al día, siempre con la puma, tenía realmente algún sentido, uno más allá de lo que se mostraba a la vista. Me lo parecía aun sabiendo que el cartel muy pronto quedaría reemplazado por uno de Academia de vampiros o del último remake de Robocop, y de hecho era casi como si esa sustitución que delataría su arbitrariedad ya se hubiese producido, como si formase parte del mensaje del cartel, que la acumulación de mañanas —por mucho que yo perdiera la noción del tiempo— no iba a dejar de suscitar su predecible melancolía. (Sin embargo, en aquella época, y lo percibía como algo raro, yo no andaba melancólica. Para nada). La paradoja era que, al tiempo que mi vida se había convertido en un día de duración sin precedentes, un día que yo calculaba que tenía ya cerca de tres mil horas (haciendo cuentas caí en que, desde la llegada de la puma, no había dormido más de dos horas y media seguidas), mis pensamientos habían pasado a tener una intermitencia sin precedentes, como si cada tres minutos me quedase dormida, atajando todo pensamiento, tornándolo en un sueño que, cuando me despertaba, se perdía por completo. Lo que quiero decir es que no estaba trabajando. Y eso a pesar de que mi intención había sido trabajar. Y pensar. Incluso después de que naciera la bebé. Me imaginaba que iba a conocer, en el parto, una forma muy sofisticada de vida vegetal, una forma que llevaría todos los días a un invernadero lejano; esperaba poder conocerla a fondo más adelante,

cuando la forma de vida hubiese entrado en un reino consciente, puede que en torno a los tres años. Sin embargo, a las horas de nacer, la criatura —puede que por medio de sustancias químicas que serían el equivalente emotivo-visual de máquinas de humo— me pareció no una planta, sino algo más poderosamente conmovedor que cualquier otro ser humano; se apareció como un animal, un mono del viejo mundo desconocido hasta el momento, pero con el que me podía comunicar a un nivel profundo: era un sentimiento perturbador, embriagante, contranatura. Un sentimiento que parecía magia negra. Casi nunca nos separábamos.

Me sentí de pronto más vieja, aun cuando la puma, con ese efecto que tenía sobre mí, me convirtió más bien en una humana jovencísima, en determinado aspecto, y fue que todos los objetos y experiencias banales (o no) a mi alrededor se imbuyeron de una nueva magia. El mundo parecía ridícula, sospechosa, adverbialmente cargado de significado. Lo que quiere decir que la puma volvió a hacer de mí algo más parecido a una escritora (o, como mínimo, cierta clase de escritora), al tiempo, justamente, que me convertía en alguien que, de manera persistente, no escribía nunca nada.

Y me moría de ganas de ver esa película nueva de los cuarenta y siete ronin. Aunque no tenía tiempo para películas. Y aunque sabía que existía una versión antigua de la película —puede que más de una versión antigua— por la que más de una persona en mi vida había mostrado devoción, y siento siempre, y sentía entonces, como le pasa a la mayoría de la gente, cierta obligación difusa de ser fiel a lo antiguo y desdeñosa hacia lo nuevo, como norma general, una normal general a la que no me opongo de manera rotunda (ni general), pese a ser absurda. De todos modos, cualquier desdén hacia los cuarenta y siete ronin habría sido superfluo, porque ahora, desde esta distancia en el tiempo y el espacio, os puedo decir que esa película que tan dispuesta estaba yo a encontrar reveladora dejó de estar en cartelera antes de que pudiera llegar a verla, que fue un fracaso indiscutible en Estados Unidos e ignominioso en Japón, donde a pesar de un presupuesto de ciento setenta y cinco millones de dólares y de las caras japonesas populares del reparto y de un gran estreno en seiscientas noventa y tres salas —estuve investigando—, y a pesar incluso de los efectos 3D adicionales incluidos en el último momento y del hecho, además, de que la historia de partida contaba con un público natural que llevaba casi dos siglos interesado en que se la contasen una y otra vez —en Japón, la historia de los cuarenta y siete ronin es un relato tan seminal que hasta tienen un término específico, chūshingura, solo para referirse a sus adaptaciones—, la recaudación en taquilla de la película en Japón quedó sustancialmente a la zaga de

la de sus competidoras: Lupin III vs. Detective Conan y El cuento de la princesa Kaguya.

Pero el cartel había cumplido su imprevista tarea. Una historia de valentía y violencia volvió a echar simiente en mi cabeza, y puede que en las cabezas de innumerables personas hambrientas que se habían regalado con una porción de pizza a un dólar, con la mirada perdida en ese nuevo ronin anunciado en la acera de enfrente.

¿Qué es un ronin? Un ronin es un samurái sin trabajo. O un samurái sin amo. Una espada a sueldo. El término tenía en su día un aire amenazador o deshonroso. Ya no es así. La historia de los cuarenta y siete ronin, centenaria y basada en hechos reales, contada y vuelta a contar en obras y películas y placas conmemorativas en los templos rodeados de jardines, ha cambiado las cosas. Los cuarenta y siete hombres originales (algunos estudiosos dicen que tal vez fueran solo cuarenta y seis) servían a un señor que murió asesinado, en los tribunales, por una cuestión de protocolo. Se suponía que los cuarenta y siete (o cuarenta y seis) samuráis del hombre asesinado debían vengar a su señor. Pero pasaron los meses y no sucedió nada. Contaban que los samuráis, ahora ronin, habían retornado a sus vidas domésticas, o se habían dado a la bebida, o ambas cosas; se consideró una vergüenza. Pero como los ronin llevan esas vidas vergonzosamente corrientes, el asesino de su señor baja la guardia; da la impresión de que no va a haber ninguna venganza. Pero la habrá. Los ronin se reúnen en secreto, asaltan la finca del enemigo de su señor y llevan su cabeza cortada a palacio. A continuación, los cuarenta y siete (o cuarenta y seis) ronin se condenan a sí mismos al seppuku —ahora son asesinos, a fin de cuentas—, que es como su señor se vio obligado, él también, a terminar con su vida: simetría. Todo esto concebido como algo heroico (y no horripilante). El honor se manifiesta. En cierto modo, los samuráis recuerdan a las esposas de esas culturas en las que las viudas deben arrojarse a la pira funeraria.

La historia de los ronin alcanzó especial popularidad en la era Meiji, cuando Japón puso fin a la política aislacionista, y el poder, en manos de los militares, retornó al emperador; y aún más popularidad en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, o eso me han dicho. El gobierno de posguerra obligó al gran cineasta Mizoguchi, que acostumbraba a hacer películas sobre mujeres en circunstancias complicadas, a rodar una de los cuarenta y siete ronin, y la primera parte de la película fue un fracaso estrepitoso, pero el propio Mizoguchi quiso rodar una segunda parte, y la rodó. ¿Qué fue lo que hizo que la historia de los cuarenta y siete ronin fuese tan popular justo en esos momentos? ¿De qué trata realmente la historia de los

cuarenta y siete? ¿Es la historia de unos hombres que parecen sumidos en la derrota y la deshonra, pero que han elegido dar esa imagen como fachada necesaria para un noble plan que se revelará más adelante? ¿Es una historia de violencia, paciencia y lealtad desmesurada al señor que por casualidad te ha tocado?

La historia va de un bebé, pensé una tarde de aquel relato juvenil y sangriento, no tengo claro qué tarde, una tarde soleada, nada más, cuando pasé por delante del cartel de la mujer bocabajo al girar la esquina del súper. Todo iba de un bebé, por entonces, pero aun así pensé con convicción: de lo que va realmente la historia de los cuarenta y siete ronin es de un bebé. La célula durmiente, el poder latente: es una parábola sobre los bebés. Se las dan de indefensos, pero son ellos quienes manejan los hilos. Tiene tantísimo sentido… Es obvio que me equivocaba, hasta cierto punto. Andaba con ganas, en la época de mi obsesión por los cuarenta y siete ronin, de reflexionar por escrito, no del todo casualmente, sobre dos libros japoneses: El libro de la almohada, de Sei Shōnagon, y La historia de Genji, de Murasaki Shikibu. Eran dos de mis libros favoritos. Me parecía un misterio que los dos proviniesen del mismo lugar y la misma época, de la corte imperial japonesa de principios del siglo XI. Ambos estaban escritos por mujeres que, además, me daba rabia reconocerlo, eran importantes para mí. Pero no conseguía centrarme ni en uno ni en otro. La puma se empeñaba en impedirlo. Pero yo no quería escribir sobre la puma. Sobre todo porque nunca me habían interesado los bebés, ni las madres; de hecho, esos temas me habían parecido siempre perfectamente no interesantes; puede que hasta me repelieran las madres y los bebés como temas de escritura; y así, después de tener a la bebé, me encontré en la posición (ahora sí interesada en los bebés) de esos personajes políticos que no son capaces de comprender ideas a las que otros han llegado décadas antes hasta que cierto «conflicto» se cruza en sus vidas; como, pongamos, Dick Cheney con su hija, que se casó con una mujer. Pero tampoco en esas quería escribir sobre bebés, si bien ahora por un motivo distinto. Mi intención, en un principio, había sido escribir sobre otras cosas porque me interesaban esas otras cosas. Y luego quise escribir, muy en concreto, sobre otras cosas porque tal vez con ello, en realidad, solapadamente, estaría aprendiendo algo sobre la bebé, o sobre los bebés, o sobre tratar con bebés, y esos eran temas sobre los que yo, directamente, tenía muy poco que decir. Al final, sin consultarme demasiado, una camarilla de circuitos neuronales, ronin a su manera, se aliaron contra mí y comenzaron a coordinar sus propios pensamientos, tirando a base de porciones de pizza a un dólar, desde una corte segundona de la calle 38.

Un motivo de disculpa ante los amigos

Todos los objetos que pertenecen a la bebé están guardados en un armario metálico de tres baldas que hay en el baño. El armario es una pieza robusta escogida de un catálogo de productos industriales donde venden también etiquetas de «Peligro» a granel. En la balda de arriba, todavía fuera del alcance de la bebé, están los pañales, las sábanas de cuna y, sin un motivo en particular, sus calcetines. En la balda de en medio está la ropa de la bebé, que se dispone en sendas pilas razonablemente bien dobladas de partes de arriba, partes de abajo, jerséis y bodis. Y luego, en la balda de más abajo, hay de todo: zapatos heredados todavía demasiado grandes, biberones por estrenar, un bañador, un rizador de pelo, ropa ya pequeña pendiente de dar y cosas así. Pero la balda de en medio la mantengo ordenada; una buena dosis de esfuerzo va destinada a ello; el orden de la balda de en medio es un dique frágil, esencial, frente al aluvión. A la bebé le encanta desordenar las baldas. Aún no sabe andar, ni gatear siquiera; así que da tirones con los brazos para impulsar las piernas adelante —lo llamamos la maniobra del ciervo herido—, y siempre que la puerta del baño se queda abierta, corre (a su manera) hacia el armario y se dedica a tirar tenaz y alegremente todos los objetos a su alcance y a formar montañitas. La hace tan, pero tan feliz. Felicísima. Más felicidad, y más trastos, de los que una imaginaría que caben en un armario.

No quería privar a mi ciervo herido de su alegría. Pero no hacerlo significaba que luego, en otro momento, por lo general durante sus contadas siestas, yo tendría que meterme ahí y redoblar y recolocar las pilas de ropa, una tarea que me llevaba a recordar un viejo texto formalista ruso que me había dejado perpleja cuando lo leí en la carrera, un texto que recuerdo directo, y serio, y que abogaba por acabar con el trabajo doméstico, porque ¿qué sentido tenía el trabajo doméstico?, no producía nada, tan pronto terminaba, volvía a comenzar desde el principio, había que abolirlo. Igual aquel ruso tenía algo de razón. Por qué aquella balda contenía todas esas ansiedades, no lo sé, pero las contenía. Para mí, era el lugar más importante y simbólico del hogar. Yo andaba todavía tratando de ocuparme en trabajos que no fuesen domésticos, que no fuesen de cuidados infantiles, pero los intentos no marchaban bien. De vez en cuando, estas cosas que no marchaban bien se unían a la sensación general de estar atrapada en un espacio que el formalista ruso de tiempos

pasados habría descrito como improductivo, y tenía la sensación de que me estaba convirtiendo en arena y de que pronto no sería más que un agente irritante disperso. Así que un día decido al menos intentar hablarlo con el ciervo herido y todavía inarticulado. Se lanza a su carrera hacia el armario. La sigo. Le pregunto si consideraría tal vez dejar la segunda balda del armario, la balda con toda la ropa plegada, en paz; le pregunto si consideraría tirar los objetos únicamente de la balda, ya desordenada, de más abajo. Le explico que si pudiese modificar con ese gesto tan pequeño su conducta, la tarea de recolocar supondría para mí no la mitad de trabajo, sino una décima parte. Me haría sentir muy muy bien, le explico. ¡Y lo entiende! Empieza a dejar la segunda balda y sus pilas de ropa tentadora y cuidadosamente doblada en paz. ¡Incluso sin supervisión! Y después yo… Yo empiezo a contarle esta anécdota a los amigos que me quieran escuchar, como si fuera interesante.

¿Qué droga es un bebé?

Muchos días pienso en la bebé como en una droga. Pero ¿qué clase de droga? Un día llego a la conclusión de que es un opiáceo: me infunde un profundo bienestar, una sensación que no va ligada a ningún logro o atributo, y esa sensación de bienestar es tan embriagadora que me descubro dispuesta a dejar que mi vida se derrumbe por completo en su búsqueda constante de ese sentimiento. Otro día, la bebé me trae a la memoria unos neurotransmisores de un grupo y prevalencia distintos. Me acuerdo de aquella madre de gemelas que me dijo que sí, que adoraba a las niñas, pero que una tarde se había descubierto pensando con comprensión en una mujer que había ahogado a sus cinco hijos, y que después de sentir eso, ella, mi amiga, había decidido pedir ayuda. Llamó a su madre. Su madre le dijo: El bebé humano es inútil, el bebé humano no se parece a ningún otro bebé animal, los animales al menos saben caminar, pero el bebé humano no vale para nada.

Dinastía

A veces comparto el ascensor con una mujer que es muy jovial y desagradable. Vive tres plantas más arriba, así que cuando espero el ascensor de bajada, sé siempre que cabe la posibilidad de que ella vaya dentro. Cuando a continuación descendemos juntas las diez plantas que faltan hasta el portal, ella ha bajado ya otras tres; se encarga de hacértelo sentir. Lo que resulta tan impresionante de esta vecina mía, en parte, es que en esa pequeña parcela de espacio y tiempo se las apaña para dar de manera consistente con algo apropiado y alegremente grosero que decir. Cuando estaba embarazada, se limitó a soltarme: «Estás enorme». Otra vez me dijo: «Debes de ser mucho más alta que tu marido». Tiene un nombre que le encajaría a un personaje de Dinastía. Viste casi exclusivamente de negro, pero todo un abanico de negros, negros con unas variaciones tan sutiles en textura, luminosidad y caída que una daba por hecho que en eBay se venderían por más dinero de lo que paga de alquiler la mayoría de la gente.

Cuando llegó la puma, los comentarios de Dinastía cambiaron. «Ufff, qué bebé tan enorme —dijo—. O sea, debes de estar muy contenta». Y otro día: «Pero, a ver, no es normal, ¿no? ¿Por qué es tan grande?». Esa fue la cantinela durante un tiempo, de modo que yo sabía, más o menos, lo que iba a decir antes de que lo dijese, y aun así no sabía nunca qué replicar. Un día, puede que porque estaba bastante segura de que no tenía hijos, y porque me había levantado con mal pie, le dije: «Madre mía, parece que está usted informadísima sobre el tamaño de los bebés a cada edad. Hay que ver». Quedó claro al instante que suponía una derrota para mí decir aquello, pero ahí estaba, ya lo había dicho. Otro día, recuerdo que fue cuando la puma tenía siete meses, Dinastía dijo: «Pero está grande para su edad, ¿verdad?». «Como yo —le respondí—. Será una persona alta, como yo». Dinastía no es alta. Ni tampoco delgada. Yo soy más alta y delgada que ella. Aun así, era evidente que iba ganando. Yo me había enorgullecido siempre de no meterme jamás en antagonismos y competiciones con otras mujeres, ni sobre el tamaño, ni sobre la reproducción, ni sobre nada, en realidad, y aquí me teníais, convertida en lo que yo misma consideraba una mujer de la peor calaña, una mujer que se enzarzaba con otras mujeres y que las juzgaba precisamente dentro de esa categoría de cosas que había empantanado a casi todas las mujeres en el fango de una rivalidad sexual

deformante. La melena de Dinastía tiene un aspecto maravilloso, hidratada en profundidad, y larguísima, y pese a que es una mezcla de gris y negro, eso, una vez más, no parece transmitir más que lujo, y un poder sexual histórico. Después del comentario sobre la altura, de nuevo dejó caer que el padre de la bebé era bajito. Otro día me vio con un biberón de leche, pero sin la bebé, y me dijo: «¿No han de tomar solo pecho? ¿No es malo? O sea, alguna explicación tiene que haber para que sea tan enorme. Igual es eso». Y otro día que yo había comprado para llevar en el restaurante de ramen japonés de la esquina, exclamó: «Dios mío, ¿qué es ese olor? Espera, ¿es tu comida?». Eso fue especialmente indicativo de su sentimiento de invencibilidad frente a mí, dado que era japonesa. O puede que china, o coreana; es un íntimo acto de agresividad por mi parte no saberlo, y estaba consagrada a seguir sin saberlo. Tampoco es que Dinastía se diese cuenta de que no lo sabía.

Y así siguió la cosa. Cada vez que me plantaba junto al ascensor, pulsaba el botón, esperaba a que llegase, oía el ding de la puerta al abrirse, estaba toda en vilo. Había desperdiciado más espacio mental del que habría creído posible jamás respondiéndole a una Dinastía imaginaria. Pero ni siquiera en aquella prolongada extensión de tiempo encontraba yo algo que decir. A veces me imaginaba respondiéndole que era… interesante, lo que le llamaba la atención de la bebé a cada persona: evidentemente, un bebé no es más que un bebé, y lo que ve la gente en la bebé es un reflejo de sí misma. Otras veces, pensaba amenazante: Mi hija es muy pequeña todavía, pero si se te ocurre hablarle así cuando sea lo bastante mayor para entender, me las pagarás. Y pensaba literalmente me las pagarás, como en una peli mala, o en la escuela primaria. A veces me imagino preguntándole sin más si trabaja. Está casada con un hombre muy rico, el dueño y director de una empresa de publicidad ubicada justo enfrente; toda la última planta de nuestro edificio es suya, entre otras cosas, y tengo la intuición de que eso podría y debería avergonzarla. Sé que decir cualquiera de estas cosas sería al mismo tiempo errado y una muestra de debilidad, y que es lo de la muestra de debilidad, más que lo de errado, lo que me impide soltarlas, cosa que solo sirve para dejarme más en evidencia y más convencida de que el hecho de que Dinastía me perturbe siquiera viene a demostrar únicamente que ese yo inferior mío y normalmente oculto es mi verdadero y auténtico yo.

Termino por confesarles a los vecinos del rellano que he dedicado horas a esta clase de pensamientos. Y luego les pregunto —por lo que sea, es importante para mí— si Dinastía trabaja. Me cuentan que su marido estuvo saliendo años con ella, sin casarse, y que Dinastía siguió trabajando de dependienta en Comme des Garçons, que aún

hoy el marido solo viste Comme des Garçons, que seguramente ella también, que seguramente él no quiso hijos, y también que tienen la sospecha fundada de que no hay ni pizca de sexo entre la pareja. Les digo que comprendo que traten de convertir a mi villana caricaturesca en una persona real, pero que no me gusta, que yo prefiero la caricatura. Ella (no yo) encarna, decido, esos males del mundo que llevan a las mujeres a preocuparse por su peso, a dominar la cosmética y a tener como aspiración ser musas mudas o productos de alta gama. Ella es el mal que se oculta bajo esos agujeros Acme del suelo a los que mi hija será vulnerable.

Pero otro de los problemas de ser madre de un bebé es la soledad. Muchos días hablo solo con un adulto. Y llevo un montón de meses sin ver a Dinastía. ¿Dónde se ha metido? Fue tan vigorizante; es tan lista, y tan guapa; ahora estoy cansada. Espero el ascensor con mi hija, que ya anda, que pulsa el botón para llamar el ascensor, que ya comprende el ascensor, y nunca, al abrirse con un ding la puerta del ascensor, nos encontramos dentro a nuestra vecina especial. Cada vez que mi hija y yo esperamos en el rellano, yo aguardo esperanzada. De verdad que me gustaría volver a ver a Dinastía.

Pensamiento mágico

A la bebé le gusta ponerse de pie junto al váter, arrancar trocitos de papel del rollo de papel higiénico, lanzarlos a las aguas de profundidad insondable y tirar de la cadena. A continuación, repetir. Un ritual sagrado.

Los misterios del gusto

En su Moby Dick de cartón en diez palabras, lo que más le gusta de todo es la página en la que dice C A P I T Á N.Le encanta encontrarse una pelota en un dibujo, en particular una pelota que sea verde o azul. De las seis fichas de animales ilustrados en blanco y negro, muestra una rotunda preferencia por el Pingüino. No ha dado todavía con una cantidad de aceitunas que sea suficiente. Cuando dibuja un garabato en un papel, el resultado le hace soltar una risita. Cuando se descubre atrapada en la cuna y quiere salir, me llama; y cuando entro en el cuarto, me dice: «¿Ojos?». Si nos cruzamos con un recuadro o un círculo de metal en la acera, no quiere más que ponerse encima, y luego quedarse ahí de pie. Otras veces, en el piso, coloca un libro en el suelo, también para ponerse encima. Cuando ve que preparamos un biberón de leche para ella, se ríe. Pocas cosas revisten más interés que un tramo de escalones, o una rampa para discapacitados. Siempre es la primera en fijarse en la luna.

Antojos

Pese a que de niña me negaba a probar los tomates, a probar las aceitunas, a probar las setas; pese a que de niña no estaba a dispuesta a comer nada en los restaurantes chinos que no fuese arroz blanco, y pese a que de niña seguí una dieta compuesta casi enteramente de cuscús con mantequilla y galletitas de Pepperidge Farm con dibujos de ajedrez y, por algún motivo, coliflor —dieta monocromática—; pese a todo eso, he tenido, históricamente, muy poca tolerancia con los niños tiquismiquis. Intento no juzgarlos, porque son niños, pero al final me doy cuenta de que juzgo a los niños y juzgo a los padres también, aun cuando no se debió a ningún esfuerzo por mi parte que yo terminara siendo una persona que come más o menos de todo.

Pero entonces me quedé embarazada y descubrí que volvía a ser una tiquismiquis con la comida. Era prácticamente incapaz de soportar la visión y el gusto de casi cualquier alimento, salvo las patatas fritas de bolsa, y la limonada, y alguna que otra vez, una porción de pizza. Pero solo pizza de mala calidad, pizza de esa en la que el queso no parece hecho de lácteos, sino consistir todo él de algos parcialmente hidrogenados. Cualquier otra comida me resultaba asquerosa. Ah, pensé por primera vez: los niños están embarazados de sí mismos.

Por desgracia, tan pronto regresó mi apetito, regresó también mi don para juzgar.

Aspectos religiosos de la bebé

Sus vueltas y zarandeos durante la noche sírvenle solo para ascender, de modo que amanece siempre con la cabeza pegada a la frontera oeste de la cuna. Si vierte el azúcar de taza en taza, solo más azúcar halla. Cuando deslingüina un paquete de lingüini, y luego esconde los palitos de pasta en los estantes, en un estuche de lapiceros, bajo la balda de la despensa, en el bolsillo de un abrigo, revélanos ella los espacios previamente omitidos y negativos del apartamento. Su temor hacia la planta de aloe en casa de la vecina se mantiene inamovible frente a la persistente permanencia de la planta en su sitio. Una y otra vez arrostra el desafío de la cuchara, mas con la cara agachada derrama su contenido, a no ser que el contenido de esa cuchara sea yogur, el cual imparte una falsa confianza, pues no se derrama, y así de este modo la lleva a engaño, y aun a pesar de sus constantes derrotas con sustancias distintas del yogur, acomete ella la cuchara con ojos brillantes y abierto el corazón. Cuando, anhelosa del abrelatas, pues quiere girar esa perilla diseñada para manos artríticas con la que está felizmente familiarizada, la persona grande que vive con ella niégaselo por motivo, otrosí, de la cercanía de la rueda dentada, echa ella la cabeza hacia atrás y llora como un polluelo desplumado.

La forma de la cabeza

La puma nació con muy poco pelo, lo que nos proporcionó a todos una visión clara de la forma de su cabeza. O, cuando menos, proporcionó una visión clara de la forma de su cabeza a todo aquel con sensibilidad por las formas de las cabezas. ¡Qué forma más preciosa!, dijo la abuela de la bebé, y luego lo volvió a decir, y luego lo volvió a decir aún otra vez. Sí, iba diciendo yo, en respuesta a cada cumplido sobre la forma de su cabeza. Pero me sentí incómoda: no tenía ni idea de a qué se refería. No tenía noción alguna de la forma de la cabeza de la bebé. Parecía una cabeza normal y corriente. Y entonces la abuela de la bebé volvía a decir: Qué forma más preciosa; y yo volvía a responder: Sí, y otra vez le miraba la cabeza a la bebé —intentaba mirarla con gesto desapasionado, calibrando—, y seguía sin entender a qué se refería. Pero los cumplidos sobre la forma de su cabeza siguieron llegando. Un día, como si la cosa hubiese cogido impulso de tanto repetir el elogio, se adentró en detalles: Qué forma más preciosa que tiene, es tan bonita… ¡no se parece en nada a la mía! Y, dicho esto, la abuela negó meneando ligeramente su propia cabeza. No conseguí percibir entonces, y sigo sin percibir ahora, nada particularmente distinguido, o poco distinguido, o siquiera distinguible ni en una ni en otra de las cabezas mencionadas, pero acepté y sigo aceptando que lo que decía la abuela de la bebé debía de tener algún sentido.

Pero ¿cuál? Me vi contando esta anécdota diversas veces a diversas personas distintas. La contaba como si lo que me interesara fuese la sencilla alegoría de gente que se fija, cuando ve un bebé, en lo que sea que les preocupe de sí mismos. Pero no era ese el verdadero motivo que me llevaba a compartir la anécdota. El motivo por el que no dejaba de contarla era que confiaba en descubrir algo sobre las formas de las cabezas. Esperaba siempre que alguien dijera: Ah, sí, yo sé a qué se refiere, y que me lo explicara. Pero nadie decía nada. Y entonces, una noche, terminé sentada en una cena con una antigua supermodelo. (La supermodelo estaba escribiendo una novela, la segunda; de ahí, tal vez, que estuviese en una modesta cena con escritores). La bebé también estaba allí. El hecho de que estuviese ahí dio pie a la supermodelo para decir que ella nunca, nunca, nunca jamás había puesto a sus hijos a dormir bocarriba, que sabe que así es como se hace ahora, pero que le parece una pésima idea porque, para empezar, se podían asfixiar —eso fue lo que le dijeron los médicos,

cuando sus hijos eran pequeños—, y dos, porque poner a los bebés a dormir bocarriba hace que se les quede la cabeza plana. La antigua supermodelo dijo que no quería maldecir a sus hijos con ese problema, un problema que ella misma sufría. Un problema que hacía mucho que la avergonzaba, esa extraña forma aplanada de su cabeza. Nos mostró el cogote. Que era, por descontado, como todo en ella, hermoso. De manera que seguí sin comprenderlo. Continué y continué poniendo a la bebé a dormir bocarriba; aunque ahora ya es lo bastante mayor como para darse la vuelta, ella moldea su propio destino.

La comedia romántica

Mi vida con la jovencísima humana recuerda a esas comedias románticas en las que dos personas que no hablan el mismo idioma se enamoran aun así. Como esa peli que vi en un avión, la de la brasileña cándida y el tontaina estadounidense que terminan juntos, pese a que no pueden comunicarse con palabras. O aquella trama de Louie en la que Louie se enamora de una mujer que solo habla húngaro; y le pide matrimonio, incluso. Sí, era como en esas comedias, solo que sin la turbadora dinámica de género de una protagonista, en la práctica, muda. Pero con la misma verosimilitud. Y la dinámica, probablemente, se podía seguir considerando turbadora.

Arrasada

Antes, a veces, me descubría diciendo para mí: «Estoy arrasada». Después de que naciera la puma, no decía apenas, puede que nunca, que estuviese «arrasada». Aunque a menudo pensaba: No pasa nada, debería aceptar que he sido arrasada. Igual la puma tenía un resfriado, que perturbaba su sueño, y yo llevaba semanas sin dormir más de una hora seguida; siempre había algo, pero al mismo tiempo no era nada o, a veces, yo no era nada. A medida que las ocasiones en las que pensaba que estaba «arrasada» se acumularon, fui reparando en el solapamiento hiperbólico de la expresión con, pongamos, «arrasar» con alguna especie. Y también en el hecho de que, si en un momento dado me entregaba a la introspección, era fácil descubrirme «absolutamente arrasada», por lo que la sensación de estar arrasada en cuanto que estado relativo a otro estado no arrasado se había esfumado; el significado de «arrasada» había quedado arrasado. La expresión empezó a desvanecerse. Si bien es cierto que, a veces, como en un trueque, me descubría pensando en la imagen de una mujer tratando de arrasar, bayeta en mano, con la humedad de una mesa irremediablemente empapada. Y entonces, un día, hace poco, caí en la cuenta de que no me sentía tan arrasada, y caí en la cuenta porque vi que la puma había cogido una bayeta y la estaba usando para recoger el agua que había tirado al suelo.

Las especies

A la bebé le encanta mirar fotos de bebés. Y dibujos de bebés. Y aunque no acostumbra mucho a jugar con otros bebés, por la calle los observa con especial interés, con mucho más interés del que le presta a un adulto parecidamente distante. Pero con menos atención de la que le prestaría a un perro, eso sí. Es un tipo muy particular de interés, un interés especular, empiezo a pensar. Ella no sabe aún que se hará grande. No sabe aún que será una de los nuestros. Nosotros somos de la especie grande; ella es de la especie pequeña.

En la literatura hay más perros que bebés

En la literatura hay más perros que bebés, y también más abortos. Para cuando llegamos al tercer párrafo, la mayoría de los bebés que aparecen en los libros son ya niños, cuando no adultos. Pero hay algunas excepciones. En Beloved, de Toni Morrison, una madre mata a su hija de dos años para proteger a la niña de una vida de esclavitud, o de la vida, directamente, y la bebé vuelve (parece) en forma de fantasma que ronda a la familia. Una bebé es también uno de los personajes importantes en la novela de Margaret Drabble La piedra de moler, de 1965, sobre una madre soltera metida en el mundo académico, si bien la criatura parece más un pesado colgante que un ser vivo. Y en Una cuestión personal, de Kenzaburo Oé, el hijo del narrador nace con un cerebro aparentemente deforme, que rebosa del cráneo. El narrador, entonces, recorre la ciudad con el bebé, se plantea dejarlo morir, pero no lo hace; se plantea marcharse a África, pero no lo hace, y por último regresa al hospital y resulta que la deformidad del bebé era solo superficial y fácilmente solucionable. A fin de cuentas, el niño no es un monstruo —de modo que ¿quién es el deforme?, y ¿quién es el monstruo?—, y el padre, ahí, en el Japón posterior a la Segunda Guerra Mundial, recibe el elogio de sus suegros, como si esa buena fortuna fuese reflejo de su buena conducta moral, igual que antes su mala fortuna se consideró reflejo de su mala conducta moral. El quinto hijo, de Doris Lessing, nos presenta a una familia con cuatro hijos, toda ella bastante feliz e ideal, pagada de sí misma incluso, hasta que nace el quinto hijo, catastróficamente diabólico, y que, ya de bebé, resulta aterrador. (Aunque una empieza a notar que nadie, más allá de su familia, parece ver al quinto hijo tan difícil, ni tan raro, y que da la impresión, en realidad, de que es un niño no querido, sencillamente, y de que su único defecto, a medida que crece, parece consistir en sentirse más a gusto en una clase inferior a la de esa familia pija que no se puede permitir ya la fantasía de la mansión en la que vive). En algunos relatos de Lydia Davis, un bebé interrumpe a menudo un pensamiento, o es él mismo un pensamiento. En «Plumas», de Raymond Carver, una pareja va a cenar a casa de otra pareja a la que no conoce demasiado bien; la casa está hecha un desastre, hay un pavo real paseándose por ahí, dentro, y entonces los invitados conocen al hijo de sus anfitriones, un bebé por el que la pareja parece sentir un beatífico orgullo, y un bebé que para

el narrador está tremendamente gordo, el bebé más feo que ha visto en la vida; y tras ser testigos del amor de los padres por ese bebé feo, esa misma noche el narrador y su esposa vuelven a casa y deciden tener también ellos un bebé, y justo al final de la historia, damos un salto en el tiempo y descubrimos que el hombre está molesto porque su mujer se ha cortado el pelo corto, y la vida, con el bebé, se le hace agobiante e insulsa. En Ana Karenina, Tolstói presenta de manera vívida y real a los bebés tanto de Ana como de Kitty. (Tolstói ha escrito también sobre la vida interior de un árbol moribundo). En la colección de relatos de Judy Budnitz titulada American Baby, varios de ellos incluyen bebés: uno, gestado durante cuatro años; otro, negro como el carbón, pese a que sus padres son blancos; muchos, muchos engendrados por soldados que ahora están aquí y luego desaparecen. Puede que el bebé más logrado que haya leído nunca sea el que aparece en el relato de Lorrie Moore «Gente así es la única que hay por aquí», en el que el bebé es el Bebé y el padre es el Marido y la madre es la Madre y el oncólogo es el Oncólogo. En Departamento de especulaciones, de Jenny Offill, nos encontramos con una bebé querida y con cólicos y con la ruptura (al menos temporal) de un matrimonio. No me viene a la cabeza ningún bebé en Shakespeare, a no ser que contemos a Calibán, como tal vez deberíamos. Se podría decir que la mayoría de los bebés literarios, si aparecen más de un momento, tienden a ser catalizadores del declive o la desesperación, como lo son sin duda, una y otra vez, los bebés de la vida real (aunque la literatura no es nunca nada más que un espejo convexo, y ni siquiera un espejo convexo normal, sino más bien como una cuchara especialmente vieja y deslustrada [y, desde luego, de plata]). Se diría que muchos de los bebés escritos contemporáneos tienen más en común con lo que en El cuento de la criada de Margaret Atwood se llama «no bebés» que con un bebé «de los buenos». Recuerdan, con su presencia monstruosamente abrumadora, a mi favorito de todos los bebés descritos, esa criatura decimonónica a la que se le niega incluso el lujo de la infancia, ese pobre desdichado solitario que el primer día de vida mide ya más de metro ochenta y del que su creador dice como con arrepentimiento: «El mundo era para mí un secreto que anhelaba desentrañar». No debemos conocerlo. El Frankenstein de Mary Shelley no es la dicha infantil de Coleridge o de Blake, sino la historia de una furia infantil por haber nacido siquiera; una rima asonante, emocional, con el hecho de que la madre-autora del libro en sí se refiriese a él como su «abominable progenie», y la frase es más triste que impertinente, pues Mary Shelley se sabía ella misma la progenie que había provocado, con su llegada, la muerte de su madre, Mary Wollstonecraft, la defensora de los derechos de la mujer. (Y luego, después de escribir su libro, Mary Shelley tuvo que ver cómo su

primer, su segundo y su tercer hijo morían en la niñez). Pero si acaso parece que he terminado presentando a los bebés —¡tan infrarrepresentados!— como un tema que demanda sus propios estudios subalternos, entonces es que me he desviado demasiado. Sabemos que los bebés son los únicos de entre nosotros aliados con el tiempo. Son ellos los únicos con acceso incontestable al poder o, como mínimo, están infinitamente mejor posicionados que sus viejos (des)iguales. La manera en que un bebé, en cochecito, recuerda fugazmente a un gordo potentado, odioso por un momento, tiene algo de premonición. Tanto que podemos llegar a sentir, viendo cómo alza un bebé su mano regordeta, que postrarnos ante ese emperador cualquiera es sin duda lo correcto.

Más Frankenstein

Frankenstein no es el nombre del monstruo, es solo el nombre del creador del monstruo, y al monstruo en sí no se le llega a poner nombre en ningún momento, lo que contribuye a la fértil confusión por la que la mayoría de la gente, incluso lo más enterados, piensan en la criatura y se refieren a ella como «Frankenstein».

El doctor Frankenstein, el padre (y madre), en cierto modo, descubre a la criatura asomando la vista por el borde de una cama, como un niño pequeño en el cuarto de sus padres. El doctor Frankenstein huye despavorido ante esa visión. La criatura se queda sola. Deambula por un tiempo alrededor de la casa de una familia a la que sueña con pertenecer; el cabeza de familia es un hombre ciego. Un día, la criatura reúne el coraje para presentarse ante el hombre ciego y amable; el hombre escucha con sensibilidad el relato de la criatura; y entonces sus hijos regresan, gritan aterrados y ahuyentan al «monstruo», mientras dicho monstruo llora y se aferra a las rodillas del padre ciego, como haría un niño muy pequeño.

Después de esto, la criatura se vuelve iracunda, y violenta; también como un niño pequeño.

La criatura come solo frutas y bayas, y nunca carne.

La mayoría de la gente reconoce que cuando ve a un bebé siente deseos de comérselo.

De modo que los bebés aparecen más en la literatura, tal vez, de lo que pudiéramos imaginar en un primer momento.

Y el cine

Entre las cosas que se suelen destacar de la película original de Godzilla, una es que se estrenó en 1954 y fue la primera en que se aludía a los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, si bien de manera tangencial. Godzilla, dicen, ha despertado a causa de un ensayo nuclear, sus pisadas son radiactivas, y las únicas palabras en otro idioma que aparecen en la película son «contador Geiger» y «destructor de oxígeno». Además, una mujer que viaja en un tren de cercanías dice: «Primero, la lluvia ácida; y ahora, Godzilla».

Pero Godzilla no tiene intención de hacer daño, necesariamente; la maldad no es un rasgo fundamental de su carácter. En cierto modo, no tiene ni rastro de maldad, solo ira. Mi escena favorita es una muy breve en la que vemos a Godzilla sumergido (o sumergida) en el agua, en su medio natural. Debajo del agua, Godzilla aparece interpretado por un muñeco a todas luces pequeño. Este muñeco es una criatura con unos efectos especiales mucho menos detallados que el Godzilla terrestre. El Godzilla submarino está buceando por el fondo marino mientras suena una música clásica extradiegética; da casi la impresión, por sus movimientos suaves y acompasados, de que ha sido el propio Godzilla submarino el que ha puesto esa música delicada en un estéreo submarino que escapa a nuestra vista. Esos efectos especiales «malos» contribuyen, perfectamente, al efecto general: Godzilla es una criatura infantiloide, inocente de su destrucción. Incluso el Godzilla terrestre camina con pasos anchos, como un bebé grande. Leí una vez algo sobre los estudios que tratan de averiguar en qué momento los delincuentes violentos se vuelven violentos; dichos estudios concluían que no era que la violencia apareciese de golpe, sino que, en ciertas personas más que en otras, por el motivo que fuese, la violencia natural de la juventud no se extinguía nunca.

La princesa Kaguya

La bebé parece hoy más pequeña; con la mano tendida, apretando y soltando como una anémona de mar. Cojo algo que ya he leído, algo especialmente corto; tengo a la bebé al lado, envuelta como un burrito en una manta fina, y la tumbo de costado para que pueda mirar las fichas en blanco y negro encajadas entre los cojines del sofá, y se la ve satisfecha, y yo vuelvo a leer la historia; la historia, El cuento del cortador de bambú, está basado en un mito japonés que tiene al menos mil doscientos años.

Va de un anciano cortador de bambú que un día se topa con un tallo resplandeciente. Dentro del tallo, encuentra a una bebé chiquita y diminuta. Se lleva a la niña a casa, y su esposa y él la crían como si fuera suya. La pareja, hasta entonces pobre y sin hijos, ahora encuentra oro cada vez que sale a recoger bambú. La niña se convierte rápidamente en la muchacha más bonita de aquellas tierras, y llama la atención incluso del emperador. Pero es temperamental. No le interesan los pretendientes. Pasa horas contemplando el cielo nocturno. Un día, llega una nave espacial; ¡resulta que la chica es de otro planeta! El oro de los bambúes era un regalo de agradecimiento a sus padres adoptivos por mantenerla a salvo; en su planeta había tenido lugar una guerra, pero ahora ha llegado el momento de que regrese a su auténtico hogar. La chica sube a la nave y se marcha, para siempre.

De pronto, ese mito antiguo y extraño parece ser un cuento meridiano y en esencia realista sobre bebés: su llegada tiene un aire sobrenatural, se diría que vienen de otro mundo, la vida a su lado adquiere una cierta riqueza inexplicable, y es seguro que, con el tiempo, te abandonarán. Una descripción más «realista» de un bebé —por ejemplo, «nació tras un parto de diecisiete horas […] con 3,480 kilogramos […] tomas cada dos horas […] sonrió a las ocho semanas, agarró objetos a las doce— deja fuera casi todo. Solo lo sobrenatural recoge lo real. O eso le puede parecer a una madre en un día bueno, al menos a la madre de una bebé relativamente fácil, tumbada de lado, mirando el dibujo de un búho.

Rumpelstiltskin

Rumpelstiltskin es un hombrecillo con la vitalidad y el temperamento de un niño de dos años. Ayuda a la hija del molinero a convertir la paja en oro en la rueca. Y la ayuda no una, ni dos, ¡sino tres veces! Su ayuda salva tanto a la hija del molinero como al molinero. En algunas versiones del cuento, la hija del molinero termina incluso casándose con el rey. Pero Rumpelstiltskin no lo hace a cambio de nada; la tercera vez que convierte la paja en oro, lo hace a cambio del futuro primogénito de la hija del molinero, todavía no concebido.

Aun así, Rumpelstiltskin no es tan mal tipo. Cuando la hija del molinero se niega a entregarle a su primer hijo, Rumpelstiltskin le ofrece una salida. No tiene por qué ofrecerle ninguna, pero lo hace. De ahí que tenga un punto amable. La famosa salida que le ofrece —si logra adivinar su nombre con solo tres intentos no deberá entregar a la criatura— no formaba parte del acuerdo original. ¿Por qué le da esa oportunidad?

Puede que no haya ninguna diferencia entre escoger el nombre de un recién nacido y adivinar el nombre de Rumpelstiltskin: todos los nombres son posibles, pero solo uno demuestra ser el correcto. Casi parece que lo que pretende Rumpelstiltskin es que la hija del molinero recuerde que su madre es ella. El nombre de Rumpelstiltskin, en todas las versiones, en todos los idiomas, significa algo como «duendecillo que hace repiquetear los postes». Él es el primogénito, él es el origen del oro; siente ambivalencia ante la llegada de un hermano.

Los efectos de la puma en los demás, uno

Un amigo mío tiene dos hijos con una mujer con la que ya no está casado, y ahora está con una mujer que no tiene hijos, y que seguramente quiera tener hijos, aunque no hemos hablado abiertamente de nada de todo esto, son solo conjeturas. Los dos hijos de mi amigo están ya en la adolescencia, y tienen un medio hermano por parte de madre, esa madre que todos saben que es fascinante pero poco de fiar, capaz de esperarse a haber aterrizado en, pongamos, Chicago, para empezar a hacer llamadas en busca de alguien que se ocupe de los niños en Nueva York. Mi amigo le paga al medio hermano los gastos de la universidad. Da la sensación de que teme volver a criar hijos con alguien que no esté equipado de la forma más idónea para cuidar niños, pero repito que todo esto son suposiciones, y que mi amigo no ha mencionado jamás la idea de, tal vez, o tal vez no, tener otro hijo, y conociéndolo como lo conozco, cabe suponer que tampoco, tal vez, se la haya mencionado a sí mismo.

Una noche, este amigo llega a nuestra casa para conocer a la puma, cuando la bebé está recién hecha, menos de dos semanas. Llega con un chaleco que pesa veinte kilos. El chaleco, dice, está recomendado para ganar fuerza y resistencia. Solo está haciendo una prueba. Ha venido caminando las diez manzanas que hay de su casa a mi casa, no demasiado lejos. Pero con el chaleco. Sus hijos adolescentes y su novia vienen con él. Van a menudo con él. Está muy unido a todos ellos. No dicen nada del chaleco. Se disculpa por llegar tarde. Viene de una clase para posibles padres de acogida, nos explica. Nunca nos había comentado nada de este interés en acoger; esto es nuevo. «Uno siempre se imagina el típico chico normal, sin problemas, que se ha quedado huérfano en un accidente de coche —dice explicando sus dudas, pese al interés, a la hora de acoger niños—. Pero, por lo visto, es mucho más complicado».

Los efectos de la puma en los demás, dos

Vivimos en la zona entre la estación Pensilvania, la Autoridad Portuaria y el túnel Lincoln. Muy pocos bebés instalan aquí su hogar, mientras que un número relativamente alto de hombres sin hogar instalan aquí su hogar. Entre el portal de nuestro edificio y la carnicería de la esquina, vive un hispano muy delgado que a veces barre la acera, y que a veces echa una mano moviendo cajas a la empresa de catering de al lado, y que a veces anda por ahí sin más. Una vez lo vi dando indicaciones a los autobuses que salían de la cochera cercana. Está unas veces bien, fumándose un cigarrillo y charlando con los tipos del catering, de los puestos de comida y las mercerías de la manzana; y otras veces, mal, echado medio dormido en la acera. Cuando me mudé al vecindario, una tarde que pasé por su lado, y que él estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de la carnicería, me escupió y me gritó: «¡Fea!». Después de que me escupiera una segunda vez, cogí el hábito de cruzar la calle para evitarlo, especialmente, mientras estaba embarazada, y en general, de ser más precavida que de costumbre.

Pero en aquel primer par de meses en casa con la puma, mi entorno se volvió borroso, como en esas fotos desenfocadas a propósito ajustando la apertura, y un día no vi a ese hombre que vive en nuestra manzana, y por tanto no crucé la calle para evitarlo, sino que pasé justo por delante, y oí que alguien me gritaba —era él, gritándome—: «¡Que Dios te bendiga! Qué preciosidad de niño. Cuida de ese niño». Esta ha sido, sistemáticamente, su reacción a nuestro paso desde entonces. Pese a que ahora la puma lleva vestidos de vez en cuando. Ahora, cuando pasamos por delante, la niña y él chocan siempre los cinco. En realidad, no siempre. Cuando está fumando, sugiere que ella no se acerque demasiado.

Apuntes sobre algunos escritores del siglo XX

Flannery O'Connor: Ningún hijo.

Eudora Welty: Ningún hijo. Un libro infantil.

Hilary Mantel, Janet Frame, Willa Cather, Jane Bowles, Patricia Highsmith, Elizabeth Bishop, Hannah Arendt, Iris Murdoch, Djuna Barnes, Gertrude Stein, Virginia Woolf, Katherine Mansfield, Mavis Gallant, Simone de Beauvoir, Barbara Pym: Ningún hijo.

Helen Gurley Brown, autora de El triunfo de la mujer: Ningún hijo.

Katherine Anne Porter: Ningún hijo, muchos maridos.

Alice Munro: Cuatro hijas. Dos maridos. Primer libro de relatos a los treinta y siete.

Toni Morrison: Dos hijos. Primera novela a los treinta y nueve.

Penelope Fitzgerald: Tres hijos. Primera novela a los sesenta. Luego, ocho novelas más.

John Updike: Muchos hijos. Muchos libros. Primer libro a los veinticinco.

Saul Bellow: Muchos hijos. Muchas esposas. Muchos libros. El primero, a los veintinueve.

Doris Lessing: Dejó a dos de sus tres hijos a cargo de su padre. Más tarde semiadoptó a una adolescente, compañera de uno de sus hijos. Afirmó, y tuvo que lidiar repetidamente con preguntas a raíz de haberlo afirmado, que «para una mujer inteligente, no hay nada más aburrido que pasar un tiempo interminable con niños pequeños». Muchos libros.

Muriel Spark: Un hijo, nacido en Rodesia del Sur de su matrimonio con Sydney Oswald Spark, que padecía depresión maniaca. Se marchó sola a Londres y abandonó a su marido. Su hijo, también abandonado, terminó al cuidado de unos vecinos fruteros, y finalmente lo mandaron a Escocia a vivir con sus abuelos maternos. Más tarde, ese

niño quedaría desheredado por decisión de su madre, que estaba enfadada, según dicen, porque andaba por ahí quejándose de que su madre no reconociese que era judía. Entre otras cosas. Muchos libros.

Rebecca West: Tuvo un hijo con H. G. Wells, con el que no estaba casada. Trató de hacer creer al niño que era su tía, y no su madre (probablemente por su propio bien). El 1955, el niño escribió un roman à clef, Heritage, sobre el hijo de unos padres de fama mundial; la madre no sale muy bien parada. West logró, a lo largo de veintinueve años, vetar su publicación. En 1984, cuando por fin se publicó la novela, el niño, ahora de sesenta y nueve años, escribió una introducción en la que seguía condenando a su madre. Ese mismo año, el niño publicó una laudatoria biografía de su padre, mayormente ausente.

Shirley Jackson: Cuatro hijos.

J. G. Ballard: Viudo con tres niños pequeños. Bebía todos los días, era muy productivo, y se refirió a todos sus hijos como «milagros de vida» en la autobiografía del mismo título. Describió así la impresión de ver nacer a las dos niñas: «Lejos de ser jóvenes, todo lo joven que puede ser un ser humano, parecían infinitamente viejas, con la frente y los rasgos suavizados por el tiempo, arcaicas y lisas como las cabezas de los faraones en una escultura egipcia, como si hubiesen atravesado una distancia inmensa para encontrar a sus padres. Y luego, al instante, se volvieron jóvenes». Ballard escribió también con ternura de su experiencia en los campos de prisioneros de Shanghái siendo niño.

Los bebés de los demás

A menudo se observa que carecen de interés.

Los bebés de los demás, dos

Cada hora nacen unos 14 500 bebés.

Los bebés de los demás, tres

Cuando Lucille Ball estuvo embarazada, su personaje televisivo lo estuvo también, pese a que la palabra «embarazada», como si fuese un taco, no se podía pronunciar en aquellos tiempos en televisión; Lucy, pues, estaba en estado. Andaba con bolsas arriba y abajo, y se colocaba detrás de las sillas y los sofás para proteger a los espectadores de una percepción visual integral del estado en cuestión. Al marido de Lucille en la serie, Ricky Ricardo, lo interpretaba su verdadero marido, Desi Arnaz. En la vida real, Lucille Ball fue rechazando oferta tras oferta hasta que alguien se mostró dispuesto a contratar también a Desi Arnaz, al que, seguramente porque era cubano, apenas le ofrecían trabajo. En Te quiero, Lucy se invertía la dinámica. Ricky Ricardo tiene éxito al frente de la orquesta de un nightclub, y una de las tramas recurrentes son las tentativas desesperadas de Lucy por formar parte de su espectáculo. El episodio de Te quiero, Lucy en el que nacía Little Ricky lo vieron cuarenta y cuatro millones de estadounidenses en los tres de cada cuatro hogares que contaban con un televisor, y se tituló, sencillamente, «Lucy va al hospital».

Los bebés de los demás, cuatro

Por las primeras fotos de los mellizos de Brad Pitt y Angelina Jolie, la revista People pagó catorce millones de dólares.

Cambio de roles

Murasaki Shikibu, autora de La historia de Genji, y Sei Shōnagon, de El libro de la almohada, se conocían. No se tenían mucho aprecio. Shikibu era reservada y retraída, y estaba mejor situada políticamente; Shōnagon era ingeniosa y tenía una conversación brillante, así como una posición más precaria en la corte. Educadas por sus padres, ambas mujeres sabían chino, que era por aquel entonces la lengua del poder y la política (y de la literatura seria), y una lengua que no se enseñaba a las mujeres; las mujeres debían hablar y escribir únicamente en japonés; ambas escribieron sus respectivas obras maestras en japonés, la lengua irrelevante de las mujeres y el chismorreo.

Por detrás de El libro de la almohada y de La historia de Genji, el tercer libro más destacado y perdurable del periodo Heian es El diario de Tosa. Se trata de una especie de cuaderno de viaje escrito en japonés por un autor japonés bajo pseudónimo femenino, y la primera frase es: «Hombres son los que escriben los llamados diarios, una mujer lo intenta hacer ahora».

Madres escritoras

Tanto Murasaki Shikibu como Sei Shōnagon tenían, al parecer, bebés. No sé hasta qué punto las damas de la corte heiana criaban ellas mismas a sus bebés. Por los libros, es difícil saberlo. Pero se diría, al menos, que un poco. Hasta las emperatrices amamantaban. Shikibu describe en sus diarios el patetismo de la situación, cuando el bebé de su emperatriz no acaba de engancharse bien al pecho. Shōnagon se lamenta en El libro de la almohada de las nodrizas que pecan de posesivas. A la emperatriz de Shōnagon, que no es la misma que la de Shikibu, la mandan lejos de la corte para dar a luz al bebé, y aunque era habitual que las mandasen marchar, a ella la mandan a un lugar de categoría ostensiblemente baja; está en decadencia política, y el pasaje en el que Shōnagon relata este exilio preñado es uno de los más intencionadamente alegres de todo el libro; la emperatriz muere poco después del parto.

Hoy en día, hay muchas escritoras que son madres; que escriben, en ocasiones, específicamente sobre la maternidad, y en un género que reconocemos como literatura. O, cuando menos, hay algunas madres escritoras, en este sentido, si no muchas. Está Elena Ferrante, y Sarah Manguso. Pero entre las madres escritoras de hoy en día, es posible que dos de las más aclamadas sean hombres: Karl Ove Knausgård y, a su estilo, Louis C. K.

Cuando la bebé llegó a casa

La puse en la cuna y no lloró. ¿Cómo es, me pregunté, que no está angustiada? Parece que dé por hecho que nosotros, por descontado, la querremos y cuidaremos. Se me hizo extrañísimo que lo diese por sentado. Me admiró su intrepidez.

Cuando se trasladó a la Emperatriz

El pasaje de El libro de la almohada titulado «Cuando a la casa del intendente mayor Narimasa se trasladó a la Emperatriz» nos cuenta todas las situaciones graciosas y cómicas que surgen cuando la emperatriz Teishi y su corte (incluida Shōnagon) cambian el palacio principal por otra residencia, una en la que el portal no es lo bastante ancho para el paso de los carruajes, en la que el señor de la casa no sabe cómo se llaman las cosas, y en la que las damas de la corte no disponen de la debida privacidad. En este pasaje, Shōnagon no menciona que la emperatriz Teishi está embarazada y enferma, que otra mujer de otra familia acaba de ser nombrada emperatriz, que el traslado a una casa tan alejada de su rango es un movimiento político, parte de un intento de transferir el poder a una familia distinta, y tampoco menciona que la emperatriz Teishi pronto morirá en el parto, un suceso que casi con toda seguridad ya se ha producido cuando se escribe el pasaje, pero que no queda englobado en él. Por el contrario, la escritura está plagada de risas y «gracia», y los académicos nos informan de que el pasaje contiene una especial densidad de lo que se conoce en la estética japonesa como okashii —lo divertido y lo extraño—, y que esta alta incidencia de okashii (en contraposición al aware, que se nos viene a traducir como el pathos de las cosas efímeras) acostumbra a acentuarse en El libro de la almohada en aquellos momentos en que cabría esperar lo contrario, en los momentos de aflicción y pérdida. (Eso es en parte lo que me lleva a asociar el libro con lo que concibo como lo «pequeño», a diferencia de lo «menor»).

La sección inmediatamente posterior a la de «Cuando […] se trasladó a la Emperatriz», entonces (y, aunque no podemos saber con seguridad el orden original de los pasajes, es bien posible que siguieran este orden), está llena de esa cualidad de nombre conmovedor: el aware. Nos habla de un perro de palacio, en su día el favorito, al que castigan expulsándolo de palacio —¡desterrado a la Isla de los Perros!— y que termina regresando, herido y demacrado. El perro retornado se hace pasar por otro, pero vierte lágrimas delatoras cuando se menciona su verdadero nombre. Al final, el perro recibe un indulto imperial —su delito había sido asustar a una gata muy querida llamada dama Myōbu a la que habían otorgado el tocado de nobleza; por eso lo desterraron— y retorna, según Shōnagon, «a su feliz estado anterior». Y continúa diciendo: «Mas, incluso ahora, cuando recuerdo

cómo se quejaba y temblaba en respuesta a nuestra simpatía, me desconcierta como una escena extraña y conmovedora; cuando la gente me habla de ello, empiezo a llorar». Es el pasaje con final feliz el que termina con lágrimas.

El libro de la almohada es difícil de encuadrar. No es una novela ni es un diario ni son poemas ni son consejos, pero posee cualidades de cada uno de ellos y debió de tomarse en su época como una especie de miscelánea, un formato habitual. El libro está compuesto de ciento ochenta y cinco entradas; muchas, bastante breves; algunas, anécdotas; algunas, listas; algunas, sentencias. «Los bueyes deberían tener testuces muy pequeñas, con guedejas blancas», comienza diciendo una corta sección. «Un predicador tendría que ser apuesto», empieza otra, pero entonces el pasaje topa con: «Mas, de veras debo dejar de escribir este tipo de cosas. Si fuera aún lo suficientemente joven, podría arriesgarme a sufrir las consecuencias de poner por escrito tales irreverencias, pero a la edad que tengo debería ser menos impertinente».

A menudo, Shōnagon parece extremadamente mezquina en cuestiones de «gusto» —«Nada puede ser peor que permitir que el conductor de un carruaje de buey ande pobremente vestido»—; cabe recordar que la autora del pasaje, Shōnagon, era una persona cuyo poder, muy delimitado, provenía casi en exclusiva de un manejo experto del idioma de las modas pasajeras. Conoce la mejor manera de almidonar las prendas de algodón, qué colores quedan mejor debajo de qué otros colores, y la manera exacta en que hay que sostener el abanico; esta palestra de diminutas decisiones era una especie de política, y la única especie a su alcance. En su lista de «Cosas que han perdido su valor» encontramos:

Una mujer que se ha quitado sus falsas guedejas para peinar el poco cabello que le resta.

Un árbol descomunal, abatido por la tempestad, que yace ladeado con las raíces expuestas.

La figura en retirada de un luchador de sumo derrotado en la lid.

[…]

Una mujer, airada con su marido por un asunto trivial, sale de casa y corre a esconderse en algún lugar. Está segura que tras ella correrá él en su busca; mas él no hace nada parecido y muestra la más indignante indiferencia. Como no puede quedarse afuera por siempre,

se traga su orgullo y regresa.

Los académicos ni siquiera están seguros de cuál era el auténtico nombre de Shōnagon, pero se sabe que su padre fue poeta, que no se la consideraba una belleza natural y que no está claro si acabó muriendo en el campo como una monja empobrecida o miembro de una cierta nobleza con un segundo marido.

Mi entrada favorita de El libro de la almohada es una historia, no tan sencilla como podría parecer, que nos cuenta Shōnagon sobre la escritura «por mano de mujer», es decir, en japonés, y no en chino. El pasaje arranca, sin más:

El capitán de la guardia imperial, subjefe de chambelanes, Tadanobu, habiendo escuchado ciertos falsos rumores, comenzó a hablar de mí en los términos más desagradables. «¿Cómo he podido considerarla un ser humano?» era una de las cosas que solía decir.

Lo que no se menciona en el pasaje es que Tadanobu había sido amante de Shōnagon y que lo habían ascendido hacía poco a un puesto más alto en la corte. Ese odio nuevo hacia Shōnagon no supone solo un dolor emocional, sino una amenaza; Shōnagon, como cualquier dama de la corte, corría siempre el peligro de que la expulsaran de ella, tan pronto como su presencia dejara de resultar encantadora, pero el relato no hace hincapié en esta posibilidad; Shōnagon, por el contrario, se toma el problema a broma. Entonces le llegan rumores de que Tadanobu ha reconocido que «las cosas parecen un tanto monótonas desde que dejé de ver a Sei Shōnagon». Poco después, se presenta un mensajero con una carta de Tadanobu. Ella no quiere apurarse mientras la lee, así que despacha al mensajero y le dice que mandará más tarde su respuesta; pero el mensajero se niega, explica que su señor le ha dicho que, en caso de no recibir respuesta inmediata, debía llevarse de nuevo la carta. Shōnagon la abre, y se encuentra la primera estrofa de un poema chino:

Con vos está el tiempo florido,

al sentaros en la Sala del Consejo

bajo el dosel de brocado.

Al pie de los versos, el antiguo y poderoso amante ha añadido: «¿Cómo termina la estanza?».

El poema es uno compuesto por un poeta venerado, Po Chu-I, estando en el exilio. Mandarle un poema chino a una mujer en principio sería absurdo: no era de esperar que una mujer supiera chino, la lengua de la política y la poesía elevada. (El libro de la almohada está escrito en japonés, la lengua corriente). Tadanobu le ha tendido a Shōnagon una especie de trampa. Que mostrara sus conocimientos de chino sería poco femenino. Así que puede dárselas de ignorante —y Tadanobu sabe que se precia de su inteligencia— o puede responder en chino, pero con ello revelaría que su caligrafía china deja que desear y, al mismo tiempo, un vulgar impudor en torno al hecho de estar versada en chino.

Shōnagon coge un pedazo de carbón del fuego y escribe con él, «por mano de mujer», al pie de la misiva de Tadanobu:

¿Quién vendría a visitar

esta mi choza de pajizo techo?

Estas palabras son los versos de cierre de otro poema compuesto por otro poeta, también exiliado, pero en este caso escrito en japonés. A diferencia de la Sala del Consejo y los brocados, la «choza de pajizo techo» es un escenario humilde; el japonés, a diferencia del chino, es un idioma humilde; el carbón es más humilde que la tinta; la pregunta es una fórmula más sumisa que la afirmación; la destinataria demuestra que no es ninguna de las cosas que insinúa el remitente en la estrofa inicial; de hecho, lo contrario; pero tal alarde de ingenio y saber, velado y visible al mismo tiempo, es un alarde del único tipo de poder con el que cuenta Shōnagon; saber enmascarar ese poder pasablemente, con una elegante humildad, es en sí una muestra más de virtuosismo. La nota, además, en su contenido, es una sencilla invitación de amor.

«¿Cómo se puede romper con una mujer así?», le dice a Tadanobu un amigo.

En menos de un día, todos los sirvientes del emperador llevaban ya la respuesta de Shōnagon escrita en los abanicos. Shōnagon se convierte no solo en el manjar más codiciado, sino en una especie de leyenda en la corte. Por esa pequeña ocurrencia, por ese diminuto gesto. Pero es discurriendo por esta red de delicados detalles como sobrevive Shōnagon, dado que no es hermosa, ni noble, y dentro de poco, tampoco joven. Cada semana que pasa corre más peligro de ser expulsada, y hasta su inteligencia, que es lo que la salva, la vuelve al mismo tiempo vulnerable. No soporta la visión de su propio reflejo, ni la visión de otras mujeres en su ocaso, y esa repulsión alimenta su obra. «Quienes lucen atuendos de una manga más larga que la otra son detestables», dice. Y «con pena, me figuraba desdeñosamente los pensamientos de aquellas mujeres que viven en su hogar». Igual que el descrédito de un samurái hacia un ronin se explica, psicológicamente, porque le muestra una visión de sí mismo caído en desgracia, no hay nadie con quien Shōnagon sea más dura que con las figuras que le recuerdan a ella misma. En su lista de «Cosas que no concuerdan», apunta: «Una mujer envejecida que está encinta y jadea al caminar». En otro pasaje, relata la visita de una monja mendicante que pide que le den las sobras del altar; que pide, básicamente, comida. Shōnagon y el resto de cortesanas se entretienen con la mujer, que les canta y les baila, pero les repugnan sus ropas y sus modales, que se describen una y otra vez como repulsivos. Las damas preparan un cesto de comida para la monja y luego se quejan de que siga volviendo cada dos por tres; descubrimos que su voz posee un curioso refinamiento; el destino de la monja mendicante bien podría ser el de las mujeres que ocupan ahora la corte, pero no se menciona en ningún momento. El pasaje de la monja, por el contrario, da paso bruscamente a una extensa anécdota sobre las ilusiones y apuestas de toda clase con las que las damas de la corte tratan de acertar cuánto aguantará en pie un cerrito de nieve levantado en el palacio; no acierta ninguna; Shōnagon prepara un poema sobre el último montículo de nieve, pero la emperatriz ordena que lo retiren y da al traste con el juego; Shōnagon queda más devastada con esto de lo que parece razonable, pero la emperatriz ha tratado a las damas de su corte con la misma indulgencia y, más tarde, la misma indiferencia que habían mostrado ellas con la monja mendicante; Shōnagon intercala las escenas de tal manera que vemos cómo cada cual, incluso la emperatriz, va perdiendo poder, cómo se aferra a los minúsculos entretenimientos que es capaz de ofrecer, su única divisa. La cultura del gusto va irremediablemente por otro lado.

Pantallas

Se toma la decisión de que la bebé no tendrá contacto alguno con pantallas: ni iPhones, ni iPads, ni televisiones; nada de lo que quiera que pueda haber ahí fuera. «Tienes que comprarle un aparato de vídeo», dijo mi madre, remitiéndose a su noción de la tecnología que podría haber ahí fuera. «Tienes que ponerle algún programa, igual en francés», dijo mi hermano. Cuando yo era joven, surgió el urgente imperativo de introducir ordenadores en las aulas. Hoy en día, leo estudios que muestran que los portátiles que se proporcionaron a los niños de aldeas rurales africanas han arruinado la educación de los alumnos; las notas de los niños empeoran, crece el abandono escolar. Otro día leo que los niños que tienen mucho «tiempo de pantalla» experimentan los diagramas esquemáticos de esquinas de un modo distinto a los niños con poco o ningún tiempo de pantalla. Las repercusiones de estas formas alternativas de percibir los diagramas de esquinas es algo que se me escapa, pero parece importante, en todo caso. Puede que sea incluso primordial. Leo también que los niños que dejan de usar pantallas, aunque solo sea una semana, establecen mayor contacto visual y puntúan mejor en los tests a la hora de interpretar las emociones en los rostros de los demás. Sin duda, lo de «estudios» acostumbra a ser un término más con el que referirse a tonterías levemente sustentadas, pero ahí está. Yo misma, de niña, pasaba ocho o nueve horas al día viendo la tele, en general, reposiciones de sitcoms. Aunque no soy un alma completamente baldía, sí tengo la sensación de que podría estar mejor. Mi hija no tendrá pantallas, decido. Habrá de pasar mucho tiempo. Pero, no se sabe cómo, cuando tiene un año, mi hija sabe ya poner música, pasar fotos y hacer llamadas de larga distancia en mi iAparato. Este giro se produce fuera de pantalla.

Las grabaciones de iPhone

Los vídeos de iPhone de la puma tienen el desafortunado don de hacer que parezca como si la puma estuviese muerta, y la espectadora, yo, condenada a revisionar la misma escena una y otra y otra vez. Cuanto más banal la escena, más intenso el efecto. Vídeos en los que aparece gateando de punta a punta del cuarto para coger un monopatín de juguete y comerse un trocito de fresa: un bucle desgarrador de siete segundos. Me figuro que tiene que ver con alguna clase de sensación intensificada del paso del tiempo, inducida al entrar en contacto con la ilusión de un tiempo detenido. O con el aburrimiento, o la hostilidad, o el amor. Pero descubro que las cualidades afectivas de los bucles son otras para la puma. Cuando ve las mismas imágenes una y otra y otra vez, parece alguien a quien hayan permitido acceder a un libro sagrado y no tenga miedo del mensaje que este pueda contener.

Muchos escritores tienen hijos

A veces esos hijos escriben memorias. Es raro que las memorias sean memorias felices. Puede que esto diga más sobre la naturaleza de las memorias que sobre la naturaleza de ser hijo de escritor. (Si ser hijo de un escritor es realmente algo peor que ser hijo de un contable profesor tendero agente inmobiliario o regulador será difícil saberlo, ya que el sesgo de selección —los hijos de escritores son más propensos a escribir— hace de las memorias, en lo tocante a este asunto, una muestra más problemática de lo normal). Hay en estas memorias, he observado, una cierta consistencia en las quejas: el niño va a enseñarle algo al escritor-progenitor, que está escribiendo en un cuarto de la casa durante el día, y el escritor-progenitor le dice al niño: Ahora no puedo, estoy trabajando. Aparecen también con frecuencia descripciones amenazantes, hostiles, inflexibles, de la puerta del despacho. Por lo visto, para los niños es muy perturbador ver a sus padres trabajando; al menos, haciendo ese tipo de trabajo que no salta palmariamente a la vista, aun si el total de horas de trabajo, y por tanto de indisponibilidad parental, es el mismo (o, lo más seguro, sustancialmente inferior) al de las horas laborables de un padre o una madre que sale sin más de casa para ir, por ejemplo, a una oficina, que es donde ese trabajo igualmente misterioso de las «labores de oficina», en la imaginación del niño, si es que le interesa imaginar, se lleva a cabo. Es de suponer que estas puertas no son más que las puertas equivocadas a las que ir a llamar. Me ha costado siempre mucho creerme estas memorias, aunque tampoco es que uno deba creerse las memorias, o que las memorias estén ahí para que uno se las crea. Pero la puerta parece claramente una mosquitera. ¿Para que no pase qué?

Yo no he sido nunca la hija de un escritor, ni tampoco una escritora con un hijo. (Ser una escritora que tiene un bebé no tiene nada que ver, en realidad, con ser una escritora que tiene un hijo). Pero una vez estuve al cuidado de una niña de tres años, mi sobrina, mientras al mismo tiempo no me quedaba más remedio que trabajar, siquiera mínimamente, como escritora. Era la primera vez que me publicaban un relato en una revista importante, y tenía que revisar las correcciones por teléfono a una hora concreta —una hora que coincidía con la recogida de mi sobrina en la guardería— y luego pasar un par de horas con ella, en un Starbucks cercano, hasta que sus padres volvieran a casa; no tenía llave del piso. Mi sobrina era y es

una niña excepcionalmente fácil y flexible. La llevé al Starbucks indicado, pese a que la conexión a internet, que era el motivo primero para ir al Starbucks (hablamos de hace más de diez años), aquella tarde resultó funcionar mal. Aun así, abrí el portátil y traté de coger la llamada editorial. Llamada, devolver llamada, llamadas de aquí para allá. A mi sobrina le molestó que no hablase solo con ella. Le prometí que no tardaría. Seguí hablando por teléfono, con la editora. En un momento dado, entre llamada y llamada, mi sobrina dijo que quería ir al baño, así que la llevé al baño. Una vez dentro del estrecho cubículo, cogió el móvil del bolsillo de mi abrigo y lo tiró al váter. El teléfono no volvió a funcionar.

Para los niños es bueno que sus padres tengan la oficina fuera de casa y no se les vea trabajar, me señalo a mí misma hoy, con la puma llorando mientras hablo por el móvil, un momento, por trabajo.

En Flagstaff, uno

Estoy fuera con la polluela, delante de nuestra casa alquilada, descaradamente bonita, en Flagstaff, Arizona. La casa es una estructura hecha con contenedores de mercancías, aislados mediante una pintura especial segura para el medio ambiente, y orientados de modo que el sol…, etcétera, y por la acera, a lo lejos, veo acercarse a una mujer con sus dos hijas pequeñas, vestidas espléndidamente. Hay también un hombre, unos cuantos pasos por detrás, cargado de latas y paquetes de comida en una caja de cartón abierta. El hombre saluda con la mano, algo así como demasiado pronto, desde demasiado lejos y con demasiada familiaridad. Queda raro. Hace que parezca que va borracho, o colocado. Le devuelvo el saludo. Al poco, la mujer saluda también, igual que las niñas, que, al acercarse, abordan a la polluela con interés; la polluela se muestra tímida con ellas. La mayor se arrodilla para quedar a su altura; le pregunta a la madre si le puede dar un osito de goma; la madre me dice que los ositos de goma son orgánicos; la polluela no coge el osito de goma y la madre les dice a sus hijas que no a todo el mundo le gustan los ositos de goma. Las niñas se llaman Kaysia y Shalia, me informa la madre, tienen tres y siete años. El hombre se queda a unos pasos de distancia, sonriendo de oreja a oreja. La madre me pregunta si vivo por aquí y yo le respondo que no, y luego le pregunto si ella vive por aquí y ella me dice que es largo de explicar. Las niñas, junto con la polluela, se han alejado unos tres metros hacia el camino de entrada de nuestra casa de alquiler y la madre empieza a contarme que, pese a que nació en Pensilvania, su madre la secuestró cuando tenía once meses, y que estuvieron viviendo en Canadá, en México y, por último, en Los Ángeles, hasta que, cuando tenía tres años y medio, las autoridades dieron con ellas. «Mi hermano creía que mi padre era un fantasma», me dice riendo. Entonces volvieron a Pensilvania, a vivir con su padre. Su madre estaba en una cárcel de Pensilvania, así que podía visitarla. Yo no sabía qué decir. Le pregunté a la mujer cómo iban las cosas ahora con sus padres, ¿se llevaba bien con ellos? Me explicó que su padre había muerto el año anterior, y que su madre está en Phoenix, muriendo de cáncer; ella la cuida, ha sido un año duro; me explicó que el padre de la más pequeña le reclamaba diez mil dólares en los tribunales y que ella no tenía cómo pagarlos; está todavía en la universidad, estudiando para ser profesora de matemáticas, adora las matemáticas, siempre le han gustado, ahora vive en Phoenix, no aquí, solo ha

venido a Flagstaff a visitar a un viejo amigo, Ray; señaló, al decir esto, al hombre de la caja, todavía plantado a unos pasos de distancia. Siguió sonriendo, y siguió sin acercarse. La madre es una mujer excepcionalmente guapa. No sé por qué, nos quedamos ahí de pie, juntas. Algo falla en la ecuación química entre nosotras, es como si los átomos fuesen a cambiar de lado, porque así lo marca la ley. Tiene que equilibrarse. Ella sigue parloteando y parloteando. Y en ese momento oigo llorar a mi hija. Está tirada de espaldas en el pavimento del camino de entrada. Las dos niñas miran a su madre, y a mí. La mayor dice: Estábamos intentando ayudarla a ponerse otra vez de pie, y entonces se ha caído.

En Flagstaff, dos

El oviraptor es un pequeño dinosaurio terópodo encontrado en Mongolia. Su nombre significa, más o menos, «ladrón de huevos». Resulta que el nombre es injusto. El primer fósil de oviraptor se descubrió cerca de un nido, y de ahí le viene el nombre. Pero, años después, llegaron a la conclusión de que lo más seguro era que el oviraptor estuviese cerca de su propio nido en el momento de morir, que lo más seguro era que los huevos del nido fuesen sus propios huevos.

Averiguo todo esto leyendo la etiqueta de una reproducción del fósil de oviraptor original en una tienda de regalos con el rótulo «Museo Tienda Información», situada justo a la entrada del Bosque Petrificado de Arizona. En la tienda de regalos hay piedras, fósiles, tazas, mocasines, llaveros, cuarzo pulido, cuarzo sin pulir, mantas de estilo navajo por diez dólares y mantas de estilo navajo por cuatrocientos dólares: son cerca de cuatrocientos metros cuadrados de espacio organizados como el desván de un geólogo nostálgico. Somos los únicos clientes, hace un día claro y despejado. Hay dos personas atendiendo: una mujer delgadísima con una tupida peluca rubia y un chico que parece ser su hijo y que examina mi permiso de conducir un buen rato para ver si coincide con la tarjeta de crédito; aunque veníamos a por un mapa, hemos comprado unos mocasines rojos de niño. Cuando les preguntamos cuánto se tarda en cruzar en coche el Bosque Petrificado y el Desierto Pintado, la mujer delgada nos dice que no dejemos de pasar por la caseta de información, la oficial, que está nada más entrar en el parque. Nos dice: Mucha gente cree que esto es la caseta de información porque tenemos la palabra «Información» en el tejado, pero la caseta de información está un poco más allá, ahí tendrán mapas.

Un nuevo tipo de depresión

Es verdad eso que dicen, que un bebé te da un motivo para vivir. Pero, por otro lado, un bebé es un motivo por el que no está permitido morir. Hay días en los que esto no te hace sentir nada bien.

Un bebé es el motor ideal para una trama de venganza

En cierto modo, La historia de Genji carece de argumento. Genji nace, luego pasa esto y aquello y al final se hace viejo y se muere y los demás siguen adelante, viviendo sus vidas, en las que siguen pasando otros estos y aquellos.

Pero, desde otro punto de vista, Genji sigue un argumento con un desarrollo perfecto: expone un sencillo tríptico con la ambigüedad ineludible de la paternidad en los goznes. Genji es hijo de la más apreciada de las consortes del emperador, pero la mujer muere poco después de que nazca; dado que era de baja condición, su hijo Genji es también de una condición problemáticamente baja. Pero el emperador se casa tiempo después con una mujer que se parece a la difunta madre de Genji, y este termina teniendo una aventura con la madrastra, y la madrastra y él hacen pasar al hijo resultante por hijo del emperador. El niño, llegado el momento, se convierte en emperador y, como tal, asciende de rango a Genji, su verdadero padre. Genji, para entonces, está casado con una mujer a la que conoció siendo niña, y a la que ha criado como si fuera su hija. Más tarde, la tercera esposa de Genji tiene un hijo con el malvado sobrino de Genji y ambos fingen que ese niño es hijo de Genji. El niño, que acaba por ser un hombre en esencia vil y mediocre, sigue ostentando tras la muerte de Genji la posición de hijo de Genji.

De manera que por dos veces personajes principales se enamoran de personas que son, básicamente, cuando no biológicamente, sus hijos. Y por dos veces la ambigüedad de la paternidad posibilita un traspaso radical de poder: uno eleva a Genji, a través de su hijo secreto, y el otro lo rebaja, a través de un hijo que secretamente no lo es. El primer vuelco es una venganza contra la herencia; el segundo, una venganza por esa venganza. Sabio es el hijo que conoce a su propio padre, que dicen. Y sabia es la madre que hace uso del misterio. La novela termina de golpe, y nadie sabe con seguridad si las palabras finales corresponden a la señora Murasaki, o si esos últimos capítulos no los escribió la propia Murasaki sino, tras la muerte de esta, su hija.

Una preocupación moderna

La ambigüedad paterna es antiquísima. La ambigüedad materna es bastante reciente. Los bebés podían intercambiarse, desde luego, y las historias de niños cambiados en la cuna eran muy útiles para explicar esos niños extraños, pero, aun así, llevar a una criatura dentro hacía que hasta los pensamientos más mágicos quedasen rebajados por la certidumbre materna. La fertilización in vitro ha cambiado esta situación.

O, al menos yo, me descubro considerando cuidadosamente, desde que la bebé tiene unos once días de vida, y luego durante meses, el siguiente problema: si resultara que he gestado a la hija de otra persona, ¿qué debería hacer? (La doctora tenía pinta de ser de las descuidadas, impetuosas). ¿Cuál sería la conducta ética? ¿Estaría mal que huyese del país con la bebé, para que no nos separaran? Estábamos ya enamoradísimas, ¿no era este amor una prueba en sí de validez? Si entregase a la bebé a su «verdadera» madre, ¿me dejarían seguir en contacto, o exigirían que me olvidase por completo de ella? Estaba tan claro qué era lo correcto, y tan claro, también, que yo no lo haría. Era angustiante, aun sabiendo que jamás me reclamarían nada así.

Se podría decir que es una proyección directa de las dificultades que implica permitir que un hijo crezca y se aleje. O la prueba de que, incluso con falta de sueño y cero tiempo libre, cierta clase de cabeza siempre encuentra el camino hacia un exceso de dilemas intangibles. O, tal vez, que era una forma de trabajar mi problemática incapacidad de dejar a la bebé al cuidado de otra persona, aunque solo fuese unas horas.

Cosas que te hicieron creer que eran parte importante de tener un bebé

Pañales. Cambiarlos. Biberones. Limpiarlos. Muselinas. Baños. Insomnio. Cheerios. Todas esas cosas existen, pero asoman a la conciencia más o menos con la misma frecuencia que la electricidad del piso.

Los bebés en el arte

La mayoría de los bebés en el arte no se parecen en nada a los bebés en la vida real. Esto se aplica especialmente al niño Jesús, pero también a los bebés más en general, y se aplica incluso, y puede que sea el ejemplo más llamativo, a cuadros y esculturas que, al margen de esa extraña representación de los bebés, son realistas. A menudo aparecen retratados con las proporciones de un adulto pequeño: las extremidades son más largas en relación al cuerpo que las extremidades de un bebé, y las cabezas no son, en comparación, tan grandes como la cabeza de un bebé; en la vida real, los bebés tienen la cabeza tan grande, y los brazos tan cortos, que no pueden levantarlos por encima de la cabeza. Pero eso no lo vemos prácticamente nunca en un museo. Me han dicho, también, que un problema de primer orden para los artistas que retrataron al niño Jesús a lo largo de los siglos fue qué hacer con el pene del Señor.

Hace poco, sin embargo, la bebé y yo vimos algunos cuadros realistas de bebés. Uno era del artista del siglo XVII Jan Steen, famoso por sus cuadros de casas caóticas y desordenadas; casas tal y como son en verdad, me figuro. Vimos también un cuadro de Jan de Bray titulado La adoración de los pastores, en el que el niño Jesús aparece retratado como un verdadero bebé; la Adoración estaba colgado cerca del Bodegón con fresas silvestres de Adriaen Coorte. Todos los cuadros se exponían en la misma sala, que tenía, como punto focal de la galería, el lienzo enorme de una vaca, obra de Paulus Potter. Había sido radical en su día, señalaba el rótulo, escoger una simple vaca como motivo de un retrato tan esmerado.

Así que hubo un momento, en la pintura holandesa, en el que el problema a la hora de retratar bebés se solucionó presentándolos tal y como son en realidad. Pero creo haber descubierto una representación de bebés más generalizada y prolongada, solo que no en retratos de bebés en sí, sino en imágenes de la Virgen María. Me había intrigado muchas veces esa inclinación característica de la cabeza de María en un sinfín de cuadros y esculturas. Es una inclinación muy particular y reconocible, y la encontramos una y otra vez en cualquier punto del tiempo y la geografía. La inclinación acostumbra a estar presente cuando María sostiene, pero no necesariamente mira, al niño Jesús. Supongo que en la iconografía esa inclinación tendrá su significado establecido. Pero esa no es explicación suficiente del gesto, de por qué

surgió, de por qué tiene sentido. No es una inclinación que haya observado nunca en mujeres reales. Pero cuando cojo en brazos a mi bebé una vez, y otra y otra y otra y otra, reconozco con toda claridad el ángulo de la inclinación de la cabeza de María; es así como inclinan la cabeza los bebés que están justo empezando a desarrollar los músculos del cuello. Cuando cojo en brazos a la bebé, sostiene la cabeza en ese ángulo exacto.

Videojuegos

Te encanta tocar metal, pisar por encima de las rejas del metro, las puertas de los sótanos en la acera, las tapas de registro…Te llevas un disgusto enorme cuando te niegan la oportunidad de pisar estos metales. Ahora entiendo a Donkey Kong.

Naranja

Cuando la puma tenía unos cuatro meses, saliendo ya del estado felino y avanzando hacia el estado oso perezoso, hacía suficiente frío fuera como para llevarla prácticamente a todas partes enfundada en un buzo acolchado naranja brillante. Se la veía especialmente indefensa e imponente con él puesto. El buzo había sido un regalo, de una marca online dedicada a los productos para bebés; la web de la marca era también, como color distintivo, del mismo naranja; una tonalidad que podríamos describir como naranja seguridad, o naranja antiavalanchas. La mayoría de artículos de la web estaban disponibles en rosa, azul y luego también en naranja, o, algunas veces, solo en naranja.

Pero volviendo al tema: el buzo. En un ascensor, una mujer le propone en broma a la bebé que intercambien modelitos. En una reunión con un editor, el editor dice, refiriéndose al buzo: ¿De qué marca es?, ¿hacen también abrigos para adultos? El abrigo atraía comentarios positivos a un ritmo proporcional al de los comentarios positivos sobre la bebé en sí, que acababa de empezar a sonreír. A decir verdad, llegaban más comentarios sobre el abrigo que sobre la bebé. Yo misma encontraba el abrigo/buzo mágicamente bonito, lo confieso, pese a que no me apasiona especialmente el color naranja; pero, por algún motivo, en el caso del abrigo-buzo, era justo esa naranjez lo que lo hacía irresistible. Parecía talismánico. Dilucidar a qué se debe que un año nos atraiga el naranja señal de seguridad; otro, el verde esmeralda y otro, el gris jaspeado, es irremediablemente complicado. Pero, alguna que otra vez, es posible ubicar de un modo convincente el origen de dicha influencia: por ejemplo, aquella breve tendencia del verde esmeralda hace unos años la atribuyo a una tirada de camisetas de la Universidad de Cornell en las que decía, en blanco y contrastando: «Ithaca está cañón». Centelleaban aquí y allá por la ciudad; otros artículos color esmeralda vinieron después; luego, el verde se esfumó. El retorno fugaz, una primavera, de las faldas más cortas por delante que por detrás siguió al lanzamiento de unas memorias de Diane Keaton en las que se incluía una foto suya así vestida; ese corte de falda anticuado regresó durante unos meses, y luego, como un desierto florido, desapareció de nuevo y seguramente no lo volvamos a ver en décadas.

La cuna de la bebé resultó ser también un vivo contrapunto

naranja, como el buzo. Fue el «color de debut» —la primera cosa que no era marrón, ni blanca ni gris— para la «minicuna Alma Urban» comprada para ella, con la pared azul oscuro del dormitorio de sus padres de fondo. Como con el buzo, los visitantes, uno tras otro, no dejaban de hacer comentarios sobre la cuna. Era, decían, tan bonita… También naranjas, sin mediar ninguna particular simpatía (o antipatía) por parte de la madre (o el padre) de la bebé, eran las tapas de los biberones de la bebé, así como los ribetes de sus toallitas, y de su toalla de baño. El mismo naranja para su zorrito de peluche. La bebé tenía una cuchara infantil de plástico naranja, y la babycook llevaba una tapadera naranja y un chisme naranja para extraer con seguridad la cesta de cocción al vapor. Todos estos artículos se compraron bastante al tuntún, buscando nada más que algo «sencillo». Pero luego detecté ese mismo naranja como contrapunto de color en los ribetes del bodi de rayas azules y blancas que le habían regalado al nacer y que por fin se le estaba quedando pequeño, y el mismo naranja en la carcasa que protegía el iPhone 4 sin Siri que su madre había comprado post-Siri por 69,95 dólares, y cuya pantalla había estrellado en su primer día como propietaria, y también sin pensarlo había escogido el naranja para el «protector». Al final, comenzó a ser difícil no inquietarse ante lo bonitos y lo naranjas que eran los objetos de la bebé. Y, sin embargo, costaba resistirse a rodear a la bebé de objetos que mi porción de zeitgeist había juzgado bonitos. Como si la cultura del gusto pudiese mantener a la bebé a salvo. Cosa que en algunos aspectos era posible: la gente identificaría inconscientemente que la bebé pertenecía a la clase de gente a la que le caen del cielo cosas buenas, de manera que seguiría haciéndole llover inconscientemente esas cosas buenas, como trabajos interesantes, oportunidades educativas y parejas atractivas, cosas que parecían un derecho de nacimiento de la bebé, aunque fuese, por descontado, una ilusión. Algo así. Era una norma perniciosa, pero, por otra parte, una norma que costaba mucho no querer que obrara a favor, y no en contra, de tu propia hija. Diría que ya se ve por dónde va la cosa, pero siento que no acaba de capturar la cantidad de naranja que estaba entrando en casa, y la cantidad de amabilidad y aprobación con que recibían estos objetos naranjas las personas cultas y afortunadas que topaban con ellos. (Curiosamente, a mi madre no le hacía gracia ni uno solo). En un primer momento, atribuí la saturación de naranja al fenómeno del color de género neutro que se estaba propagando entre la burguesía bohemia de Brooklyn, cuya cultura del gusto yo, por lo visto, compartía, si bien me habría gustado sostener lo contrario (un sentimiento también común entre dicho grupo). El naranja era «moderno» y «puro» y «alternativo». En cierto momento, estaba a punto de pedir un pack de baberos básicos para la bebé y de pronto

decidí que no, porque el naranja empezaba a resultar dictatorial —¡los baberos básicos llevan ribete naranja!—, y más insidioso en este aspecto que todos los artículos rosas y con dibujos de Disney que venden en BuyBuy Baby y en Babies R Us, todos esos artículos de «mal gusto» que yo había aprendido a tratar con recelo.

Unos días después de no comprar aquellos baberos de aspecto puro y moderno, me llevé a la bebé embuzada a mi centro de trabajo esporádico, y como suele pasar, el buzo —y también ella, pese a que apenas se movía aún, y creo que sus ojos grises eran para los desconocidos como el salvapantallas de un dispositivo cuya contraseña todavía no habían averiguado, o de un dispositivo que tampoco les interesaba demasiado, un modelo antiguo— suscitó comentarios, y alguien dijo, como otros habían dicho: Caray, me encantaría tener un abrigo así. A estas alturas, yo sentía ya un reflejo de incomodidad al ver cuánto le gustaba el buzo a la gente, aunque no sabía por qué, y respondí con ese comentario enlatado mío, que el abrigo era naranja antiavalancha, o naranja gorra de caza, a lo que una tercera persona replicó: No, no, es naranja Guantánamo. Todo el mundo se echó a reír. Era una broma. Pero en cosa de un segundo, la broma se mostró inmediata y absolutamente cierta, más cierta de lo que debía de ser intención de su autor. Según decían, también en la moda de primavera de 2014 en general el naranja había sido «el nuevo negro», una tendencia que acostumbraba a atribuirse a la serie del mismo nombre. Y la eclosión del marketing de productos infantiles naranjas, y del naranja como contrapunto de color ideal, y del naranja como único color añadido a la gama de una exclusiva marca de pintura de interiores siguió, perfectamente coordinada, a la difusión masiva de fotos de los detenidos en Guantánamo. Y en lugar de censurar directamente, o de eludir, o de abordar esas imágenes, lo que se había hecho era someterlas a un blanqueo emocional delante de nuestros ojos, por lo que cualquier vívido atisbo de un abuso de poder radical por parte de los estadounidenses quedó camuflado por su presencia allá donde mirásemos, entre lo que juzgábamos colectivamente lo más tierno e inocente (los bebés) o lo más frívolo, la moda de una breve temporada, un capricho. Una tarde, veo ese mismo naranja en los detalles decorativos de una preciosa panadería nueva. Y el prestigioso instituto público especializado que están construyendo a cinco manzanas de mi casa lleva naranja en los marcos de las ventanas; ese contrapunto de color le otorga al edificio un aire puro y moderno.

Más bebés en el arte

Cuando la bebé era muy pequeña, todavía en eso que a menudo he oído llamar el «cuarto trimestre», una pariente de fuera de la ciudad vino a visitar a la bebé, y a visitar Nueva York, y así, una tarde, se procedió a colocar a la bebé en un fular y a transportarla de este modo por una exposición de Magritte en el Museo de Arte Moderno. El fular de la bebé consistía en dos capas de tela, una ceñida sobre la otra, y la bebé era todavía tan pequeña que no le colgaban los pies, no asomaba nada de ella salvo la cabeza pelada y, a veces, una mano diminuta agarrada al borde de la tela. Los cuadros de la exposición de Magritte incluían hombres con una manzana en lugar de cabeza, un grupo de piernas sin cuerpos, un iris que era un cielo salpicado de nubes. Imágenes de estilo Magritte, naturalmente. El objetivo declarado de Magritte era, señalaba el letrero del museo, conseguir que «los objetos cotidianos chillasen». En cada sala, una tras otra tras otra, algún desconocido divisaba la cabeza pelada, la manita, flotando por entre un manto fugaz de fular y gabardina. Y cada desconocido, uno tras otro, decía de la performance involuntaria de la bebé: «Esta es mi obra favorita de la exposición».

A veces parecen muchas horas con la bebé

Si descubrieses que eres capaz de comunicarte con un chimpancé, ¿renunciarías a ello? ¿O pasarías prácticamente todas las horas del día con esa otra especie?

Cuidado con los desconocidos

Algunas mujeres y estudios me informan, o informan a los investigadores, de que en el transcurso del embarazo desarrollan, junto con una redoblada aversión a la lechuga ligeramente pocha, un redoblado miedo a los desconocidos. Aunque «miedo a los desconocidos» es, en algunos casos, un eufemismo. Una mujer me confesó que sentía algo que no había sentido jamás, y era angustia cuando de noche veía, en particular, hombres negros por la calle. La horripilaban sus propias emociones. Después de salir con un hombre negro durante nueve años, decía, habría dado por hecho que cualquier concepción primitiva de las personas de piel oscura como desconocidas había quedado eliminada. Pero no. Aquí la tenías, una profesora que había hecho estudios de campo, sola, en diversas regiones de África Central, entrevistando a gente sobre los motivos que los habían llevado a implicarse en la violencia política, y recibiendo visitas periódicas, y no amistosas, de la policía local, y que había pasado por todo ello sin sentir nunca angustia, y ahora, aquí, sola en Amsterdam Avenue, en una Nueva York con la tasa de criminalidad más baja en años, estaba inquieta. Sin embargo, con la llegada del bebé, quedó de nuevo «curada».

Los efectos de la puma en los demás, tres

Paseando con la puma, sobre todo cuando era muy pequeña, descubrí que los chicos negros que ensayan en el local de batería del edificio me bendecían y saludaban a la bebé, y que los hombres que trabajaban en el restaurante paquistaní de la esquina hablaban con la bebé y conmigo, y que los hombres yemenís del súper no olvidaban nunca preguntar por ella, y en la cola de inmigración, cuando aterricé en la India, un hombre nos escoltó a la bebé y a mí hasta la cola de diplomáticos, y me dijo: Así tratamos a una madre en la India, y en una estación de tren extranjera, un hombre etíope se desvió cinco minutos de su camino para acompañarnos a la bebé y a mí al andén correcto cuando le pedí indicaciones, y en el metro, los obreros de la construcción a los que la bebé, para llamar su atención, lanzaba los brazos y daba palmaditas en los hombros, también jugaban con ella, y prácticamente todas las mujeres, en todas partes, le sonreían. Había solo un grupo, muy demografiable, para el que la bebé —y yo misma con la bebé— pasábamos a ser invisibles de golpe, y era el grupo con el que yo me siento especialmente cómoda, el de hombres blancos, tirando a jóvenes, con cultura y un buen trabajo. No hay nada intrínsecamente loable, o deplorable, en el hecho de que a uno le gusten, o no le gusten, los bebés, o las mujeres con bebés: es lo que hay. Y topé con excepciones, en todas las categorías. Pero cuando te cruzas, sin bebé, con cientos de personas al día durante años, y luego te cruzas, con bebé, con cientos de personas al día durante meses y meses, tienes la sensación de haber resbalado a otro estrato, de que te has vuelto precambriana, o para ser más exactos, tal vez, de que estás contribuyendo de algún modo al próximo estrato geológico (o ambas cosas a la vez), y empiezas a preguntarte qué fue lo que conformó cada capa geológica, y qué era realmente esa capa geológica en la que estabas antes, y qué es la capa geológica en la que estás ahora, y cómo podía ser que cada una de esas capas, cuando estabas en ella, pareciera serlo todo. ¿Se estrelló un meteorito, el clima cambió bruscamente, entró en erupción una serie de volcanes? Decido que la bebé es como una pequeña catástrofe climática o, con suerte, la redención, y que todas las personas que albergan la menor esperanza de que un cambio mejore su vida en la tierra se sienten de la misma manera ante la regia catástrofe/redención infantil, en contraposición con ese otro grupo que, más o menos, solo puede ir hacia abajo,

aunque sea de modo inconsciente, pues incluso si quieren, conscientemente, verse desplazados hacia abajo, al mismo tiempo no quieren verse desplazados hacia abajo; de ahí que topar con la realeza infantil suponga irremediable y fastidiosamente el fin de su reinado, por mísero o real que sea, y que se limiten a obviar la posibilidad.

La mayoría de las grandes escritoras del siglo XX

La mayoría de las grandes escritoras del siglo XX que escriben o escribieron en inglés lo hicieron o lo hacen desde Inglaterra. O desde la Commonwealth. Desde América, no tanto. Y también la mayoría de las novelas de misterio más preciadas llegan de Inglaterra. Una mujer que conozco, y que escribe novelas de misterio en la actualidad, novelas ambientadas en Arabia Saudí y en las que aparece a menudo una patóloga, me dijo, después de vender su primera novela de misterio, que lo que más ilusión le hacía era haber vendido los derechos en Inglaterra, donde rara vez compran novelas de misterio escritas por estadounidenses, estando como están tan bien surtidos por sus propios autores. ¿Cómo es que a los ingleses les gustan tanto las novelas de misterio? Leí una vez en alguna parte —con todos los diagramas y tablas dispuestos como un ejército de caballería— que el auge del género en Inglaterra, en particular después de la Revolución Industrial, coincidió con una especial preocupación por la movilidad social. El argumento apuntaba, entre otras cosas, que los villanos en las novelas de Holmes provenían casi sin excepción de las clases bajas, que Moriarty (archienemigo de Holmes) era por descontado un nombre irlandés, y que había algo soberanamente reconfortante en el hecho de señalar a un único criminal, de poder decir de un aire de maldad que en general flotaba por ahí: Aquí está la fuente, la he encontrado. En esta misma línea, se observa también que la edad de oro de las novelas de detectives en Inglaterra siguió a la Primera Guerra Mundial, y la edad de oro de las novelas de detectives en Japón siguió a la Segunda Guerra Mundial. El arco de las novelas solía ser un asesinato, o una corta sucesión de asesinatos. Tiene su lógica, desde el punto de vista emocional, que uno, rodeado de las muertes nada misteriosas de millones de compatriotas, encuentre desahogo centrándose en una o dos que sí lo son. La teoría tiene fugas por todas partes, pero está, como mínimo, lo bastante bien trabada como para sostener unas cuantas pelotas de goma de las grandes. La primera novela de Penelope Fitzgerald, The Golden Child, era una novela de asesinatos ambientada en un museo, escrita para entretener a su marido, que estaba muriendo. La tercera novela de Muriel Spark, Memento Mori, era también, a su manera, una novela de asesinatos: un grupo de ancianos empieza a recibir una serie de llamadas anónimas, diciendo, sencillamente: «Recuerda que debes morir», cosa



que, desde luego, hacen casi todos, dado que son ancianos, asesinados a manos del tiempo.

Mujeres escritoras

A lo largo de, más o menos, la última década, sentía a menudo deseos de escribir algo sobre «mujeres escritoras», signifique lo que signifique eso (y signifique lo que signifique «sobre»), pero las palabras «mujeres escritoras» parecían cargar ya de por sí con su propia desacreditación (algo así como el término «ronin»); me repugnaban un poco, de un modo que me recordaba a ese ejemplar de lujo, inocente, de Mujercitas que me habían regalado de niña pero que yo no era capaz ni de mirar ni de tirar. ¿Qué iba a decir yo? ¿Que esta o aquella escritora no era Virginia Woolf, pero que al igual que ella era mujer? ¿Que una de mis novelas contemporáneas favoritas, escrita también, casualmente, por una mujer, era El último samurái, de Helen DeWitt, y que una de las cosas que me gustaban de ella era la cantidad de páginas que pasaban hasta que identificábamos el género de la narradora en la sección central del libro, y luego, otra vez hasta que nos dábamos cuenta de que la narradora de dicha sección es una madre, una madre soltera, de hecho, que está intentando desarrollarse como académica y que trata de resolver el problema de ofrecerle un modelo masculino a su hijo poniéndolo a ver Los siete samuráis de Akira Kurosawa una y otra vez, un plan ridículo pero comprensible, y que luego la sección principal del libro sigue al hijo, que busca resolver el misterio de su paternidad investigando uno tras otro a los posibles padres? Me parecía también relevante que este libro extraño, de verbosidad brillante, vendiese tantos ejemplares solo porque, por pura casualidad —y estoy bastante segura de ello, aunque no hago más que suponer—, había una película de Tom Cruise con el mismo título que se estrenó más o menos por las mismas fechas en que se publicó el libro. Tenía un sinfín de pequeños artefactos como este que parecían apuntar a… No sabía a qué apuntaban. Tenía la poderosa sensación de que no lograba ver el panorama contemporáneo, y decidí que era porque el conocimiento de primera mano es un obstáculo para la percepción. ¿Qué hay del resto de artefactos? Estaban aquellas escritoras olvidadas de noir estadounidense, como Evelyn Piper, autora de El rapto de Bunny Lake, y Dorothy Hughes, autora de En un lugar solitario, y Vera Caspary, autora de Laura (y otras treinta y ocho novelas), y Patricia Highsmith, autora, no tan olvidada, de una terrible traición tras otra, y todas esas rarezas, y ese curioso olvido, parecían concretarse en torno a… algo. Como lo parecía el hecho de que la Feminist Press hubiese reeditado gran parte de estos libros, por

lo demás descatalogados, y de que no me los habría encontrado jamás de no ser por su colocación en ciertas mesas de saldos. (Pensé también que Perdida había sacado casi todo el argumento de El hombre que quería a su mujer, de Caspary.) ¿A qué tanto crimen? ¿A qué tanto misterio? ¿Por qué mi ejemplar de Las obras completas de Jane Bowles formaba parte de una colección de obras maestras descatalogada? Y lo mismo mi ejemplar de La señora Caliban, de Rachel Ingalls, una novela perfecta acerca de un ama de casa ninguneada que se enamora de un enorme hombre lagarto a la fuga.

Y luego estaba el dato de que la novela negra contemporánea que nos llega de Japón está escrita casi siempre por mujeres, y que cuando quise escribir un artículo sobre la escritora japonesa Natsuo Kirino, autora del superventas Out —sobre cuatro mujeres que trabajan preparando comida envasada en una fábrica de bentō y que terminan asesinando a una serie de hombres de los que deben deshacerse cortándolos en cachitos como sushi—, me dijeron que era muy celosa de su intimidad, que no daba entrevistas y que se había cancelado la publicación de su próximo libro en inglés porque era directamente dificilísimo trabajar con ella. Me enamoró un relato de Taeko Kōno titulado «Cacería de niños», sobre una mujer que hace lo imposible por comprarles jerséis bonitos a los niñitos de otra gente y está obsesionada con ver cómo se debaten para ponérselos y quitárselos. Tenía incluso en mente una lista de autores que por escrito me parecían de algún modo «femeninos» —Walser, Kafka, Kleist, todos germanohablantes, por algún motivo—, con lo que caí en la cuenta de que, tal vez, me refería a escritores que en el fondo me gustaban de una forma que tenía algo que ver con el volumen de ciertas clases de silencio. Quería poner en orden todas las naderías, los runrunes y apelotonamientos y…, pero al final, toda esta ordenación de pseudocosas me llevó a pensar en uno de los pasajes más cautivadoramente ridículos de Tristes trópicos, de Claude Lévi-Strauss, en el que atribuye a la «falta de finura» que Cristóbal Colón confundiese a los manatíes con sirenas: «Los hombres de esa época no eran sensibles al estilo del universo», aclara. Tuve que dejar correr a las «mujeres escritoras». Sería mejor que las cosas se fuesen acumulando, como el óxido en las tinas de las destilerías de ron que visita Lévi-Strauss en otro capítulo; las tinas oxidadas dan mejor ron, dice, y creo que me fío de él.

Hacia el final de Vida entre salvajes, de Shirley Jackson —autora a la que se recuerda sobre todo por su relato sobre un civilizado grupo de gente que apedrea a uno de sus convecinos—, la narradora está esperando su cuarto hijo; sus otros hijos y su marido le preguntan todos los días por el bebé que está por nacer; la narradora intenta

darse un descanso del tema. «Me llevé el café al comedor y me senté con el periódico matutino. Una mujer de Nueva York había dado a luz a gemelos en un taxi. Una mujer de Ohio acababa de tener a su decimoséptimo hijo. Una chiquilla mexicana de doce años había parido un niño de casi seis kilos. El artículo destacado en las páginas femeninas explicaba cómo conseguir que el hijo mayor se adaptase al nuevo bebé. Encontré al fin la crónica de un asesinato cometido con un hacha en la página diecisiete, me acerqué la taza de café a la cara para ver si el vapor me revivía».

Durante muchos años, Shirley Jackson fue prácticamente la única «mujer escritora» que yo había leído. Y entonces, cuando andaba por los veinticinco, tuve la contundente experiencia de mirar mis estanterías y descubrir que dichas estanterías estaban llenas de libros escritos casi en exclusiva por hombres. Que no pasaba nada, no iba a montar en cólera por eso, amaba esos libros que había leído. Pero me quedé inquieta, porque eso quería decir que, o bien no había buenos libros escritos por mujeres, o bien yo había leído de un modo que las había esquivado a todas. No había tenido nunca una fase Jane Austen, ni una fase Edith Wharton, ni siquiera una fase George Eliot; asociaba a esas autoras con la pubertad, o con «cortejos», cosas ambas que me producían rechazo. (Ahora sé que era una estupidez). Pero, como he dicho, no iba a montar en cólera conmigo misma, o con el mundo, intentaría leer algunos libros escritos por mujeres y listo. Pero ¿por dónde empezar? Topé con un libro escrito por una tal Denis Johnson. (No andaba con mucha gente de letras). Sí, pensé, codiciosa, estaba bastante segura de haber oído decir que esta Denis —me imaginaba una mujer francesa, o puede que francocanadiense— era muy buena. El libro no traía ninguna foto de la autora. El primer libro de Denis Johnson que me leí se titulaba El nombre del mundo, una especie de reescritura de una novela de Bernhard; se centraba en un hombre que va todos los días a un museo a contemplar el mismo cuadro, y el lector acaba descubriendo que la esposa y la hija del hombre murieron en un accidente de coche. Me gustó, aunque sí es cierto que cuando lo terminé me descubrí pensando que era curioso que una mujer hubiese escrito ese libro en concreto, y luego deseché la idea, porque resulta siempre muy desagradable —¡de muy mal gusto!— darle vueltas al género de quien ha escrito un libro; ¿no podría ser cualquiera, idealmente? Puede que hubiese sido una autodefensa de manual, o autodesprecio, lo que me había impedido leer libros de autoras. El único libro de «chicas» que consiguió conectar conmigo —también un regalo, de la madre de mi mejor amiga de la infancia— fue Ana de las Tejas Verdes, ese libro que despierta en Japón una adoración tan misteriosa que hay vuelos directos entre Tokio y la Isla del Príncipe

Eduardo, el pedacito de verde en el que vive la pelirroja de ficción.

Aun así, seguí buscando torpemente libros escritos por mujeres. (El libro de la almohada y La historia de Genji son dos hallazgos de aquella inepta búsqueda). Cuando descubrí lo brillantes que eran las novelas de Muriel Spark —también estaban en su mayoría descatalogadas cuando di con ellas—, sí que sentí una pizca de furia, una emoción que me niego casi siempre a mí misma, pero eso fue todo. (El segundo nombre de mi hija es Spark). Sin embargo, nunca les había envidiado a los hombres su posición literaria, y sigo sin hacerlo, y tampoco les había envidiado nunca gran cosa, jamás…, hasta hace muy poco. Ahora envidio a los hombres, pero solo por una cosa. ¿Qué cosa? Es cierto que en este mismo instante la bebé está aporreando el suelo con una tabla de cortar de madera, que rato antes en la tabla de madera había un albaricoque que yo había cortado en trocitos diminutos para ella, que entre un momento y otro se ha sentado encima de algunos de esos trocitos y ha aplastado otros cuantos contra el suelo, ha mostrado un prolongado interés por mi monedero, ha sostenido la tarjeta de cliente del supermercado de lejos, luego se la ha metido en la boca, luego la ha vuelto a sostener de lejos, todavía no ha aprendido a gatear, pero sabe arrastrarse por el suelo hasta el borde de un tramo de escalera que espero impedir que explore más allá, se ha llevado la pelusa de la alfombra de pelo largo que hay aquí, en esta cabaña que se alquiló con la idea de que fuera Un cuarto propio de lujoso ensueño, se ha mostrado interesada en meterse mi mano en la boca y no se ha mostrado interesada en echarse, ahora está intentando impulsarse hacia arriba cogida a un estante y se ha quedado atrapada en una posición de la que no encuentra escapatoria, por lo que se hace necesario un rescate por parte del ser grande (yo) que va siempre con ella, más tarde hay que rescatarla de estar simplemente bocabajo, y así, en algún breve instante, entre estas actividades, tengo una mínima fracción de pensamiento asociativo, sobre una novela corta, «El embarazo de mi hermana», de Yoko Ogawa, en el que la hermana de una mujer se pasa todo el embarazo con náuseas y la narradora empieza a prepararle mermelada de pomelo, y a la hermana le encanta, es lo único que tolera comer, de manera que la narradora sigue haciendo mermelada, pese a que leyó en un cartel de la tienda que el pomelo estaba contaminado y cree que ha dañado al bebé… Pero en realidad no estoy lo bastante disgustada por no ser capaz de pensar, y entonces la bebé se queda dormida. Duerme de espaldas, vuelta ligeramente hacia un lado, con los brazos tendidos en la misma dirección, como a bordo de un bote que yo no veo. Su respiración ahora mismo la hace resplandecer como un amuleto. Estaba hablando de la envidia de género. De la única cosa

que envidio. Los primeros pensamientos envidiosos que he tenido realmente en toda mi vida aparecieron, quizás, no justo después de la llegada de la puma al piso, sino poco después, cuando la puma se pasaba un montón de rato haciendo girar una galleta de madera ensartada en una varilla, o puede que poco después de eso, cuando la llevé a darse su primer baño en un estanque y persistió sin una sola queja incluso cuando empezó a llover. Lo que envidiaba, sencillamente, es que un hombre puede tener un hijo del que su pareja sentimental no sepa nada. Es un disparate, por supuesto, pero lo siento con tal sinceridad que soy incapaz de ver las aristas. La idea parece descender de otra idea que tuve mientras esperaba poder quedarme embarazada, que consistía en imaginar a una mujer embarazada de gemelos que no osa confesárselo a su pareja, porque cree que quedará devastado por la noticia, de manera que idea planes para dar con algún motivo «histérico» por el que no quiere que su pareja esté presente en el parto, y ¿luego qué? ¿Qué hará con el segundo niño? ¿Criarlo en secreto? Yo sabía que no tendría un segundo bebé. Y aunque, sin duda, me sabía fatal por ese hijo secreto de Arnold Schwarzenegger que —me figuro, no quiero hurgar en la miseria ajena— había crecido sin saber durante años quién era su verdadero padre, aun así, seguía envidiando a Schwarzenegger. Me había planteado envidiar a los hombres otras veces —finjo envidiar cosas como esa mayor incidencia de confianza infundada y monomanía que se da entre ellos, pero en el fondo no las envidio, y ni siquiera estoy segura de creer en ellas—, pero esta, la cosa de tener un hijo secreto, fue la primera cosa real.

Niñas y hombres

Hasta más o menos los treinta, sentí siempre una firme predilección por los hombres frente a las mujeres. Como amigos, quiero decir, como personas con las que hablar. Si entraban por la puerta un hombre y una mujer exactamente iguales, en mi percepción deformada el hombre era ascendido a los altares. No fue hasta que esta predilección primitiva comenzó a extinguirse, por un motivo u otro, cuando comenzó a preocuparme que hubiera existido. No culpaba a mi madre por tener este rasgo, pero sí sentía que lo había heredado de ella. A pesar de tener una madre extremadamente inteligente, competente y generosa, crecí con la impresión de que siempre era más agradable estar en compañía de hombres, y llegué a la conclusión de que tal vez se remontara al hecho de que el padre de mi madre hubiese muerto antes de nacer ella, y a que su madre se quedara sola, con dos niñas pequeñas, en la casa de sus suegros, y a que ningún hombre hubiese ocupado su lugar, jamás, por lo que esta atmósfera de echar en falta a un hombre en todo lugar se me transmitió también a mí, y luego, con la muerte igualmente repentina de mi padre, la atmósfera se hizo más densa… hasta que se disipó. Como mínimo para mí. ¿Llegó a disiparse para mi madre? Cuando vi lo absolutamente enamorada que estaba de la puma, sentí que ambas nos habíamos enamorado de una niña de una manera sana, sin precedentes. Hace poco, mi madre me envió un mensaje que decía: «Me encantan los canales entre el 210-223. Hay información/visión del mundo alucinante. Acaban de decir que el marido de Chelsea lleva un fondo de alto riesgo que ha perdido el 40 % porque erró la apuesta en la crisis del euro, y luego se han puesto a echar pestes: te inventas un trabajo para él y metes dinero porque Chelsea fue incapaz de encontrar un marido mejor». ¿Era esta mi antigua madre (y mi antiguo yo)? Pero al momento remató el mensaje diciendo: «Lo del marido dudo que sea cierto, en la tele se la ve bastante bien. Creo que el tertuliano lo ha dicho a mala idea».

Una amiga con la que no tengo mucha confianza

Una amiga con la que no tengo mucha confianza estaba intentando quedarse embarazada por fecundación in vitro, ella sola. Tenía ciertos problemas de salud y los médicos le habían dicho que había pocas probabilidades. No sabía si preguntarle o no cómo iba. No le pregunté. Y un día nos informó, a mí y a otros, por correo electrónico, de que estaba embarazada de seis semanas, por suerte. No se me da muy bien el tiempo, saber en qué punto estoy de él, o cuánto ha pasado, pero el tiempo pasó y comencé a acumular inquietud al no recibir noticias del parto. Una noche me desperté de un sueño, un sueño claro y directo, en el que descubría que había perdido al bebé. Estaba segura de que era una visión. Pero en la vida real, no había perdido al bebé. Tres días más tarde recibí un correo en el que anunciaba que acababa de nacer. El anuncio llegó el mismo día que uno de los decretos más importantes a favor del matrimonio gay.

Esta amiga no era la única mujer que yo conocía que había decidido tener un hijo ella sola. En cuestión de un solo año, cinco mujeres conocidas mías habían tenido hijos solas de manera buscada, sin pareja, o en uno de los casos, junto con un amigo que quería implicarse, pese a que no había ninguna relación romántica. Antes de esas cinco mujeres, solo me había encontrado con una mujer que hubiese tenido un hijo ella sola, deliberadamente. Era una prima mía, mayor que yo, y había sido una decisión tan insólita que nadie había considerado apropiado hacer ningún comentario al respecto, y uno de los motivos por los que había desaparecido el aire de incomodidad en torno a ella fue que, cerca de los ocho meses de embarazo, el bebé había muerto en el vientre de su madre, y luego, aunque mi prima tenía más de cuarenta, se quedó embarazada de nuevo, y esta segunda vez el bebé llegó a término, y el alivio y la alegría eclipsaron la radicalidad de su decisión. Parece que ahora hay muchos más tipos de familia «normal».

Yo nunca

Yo nunca había sentido especial interés por los bebés. Cuando me enteraba de la muerte de algún bebé, una parte de mí pensaba: ¡Al menos no era un niño! A un niño hay personas que lo conocen, y conoce a otras personas; ¿había realmente tanta diferencia entre la pérdida de un bebé y la pérdida de un posible bebé que tenía lugar cada mes? Una vez, en un campamento de verano de primaria, a los jóvenes campistas nos llevaron a calcar lápidas. Una amiga mía calcó varias de bebés, con la fecha de nacimiento y la de defunción a veces en el mismo mes. Luego había escrito unos poemas a lo Blake, tristes y breves, sobre ellos. A mí me pareció que era una niña rara y melodramática. Ya no pienso igual.

Casa de muñecas

Vi una vez un montaje de Casa de muñecas, de Ibsen, en el que todos los personajes, con la excepción de Nora, estaban interpretados por personas pequeñas, un enano, una persona con síndrome de Williams… Esto ponía de relieve el poder que la aniñada Nora, esposa y madre, tenía en realidad. Oigo todavía a aquella mujer enorme pidiéndole a su marido, pequeñísimo y enfadado, unos bombones.

Sin embargo, solo he oído hablar y he visto una representación de Casa de muñecas en la que, en determinado momento, el público tuviese que ahogar literalmente un grito, y no fue en esta versión, sino en un montaje común. La impresión se produjo cuando, en el segundo acto, sacaron al escenario a un bebé de verdad. Ni un oso vivo habría provocado semejante reacción, creo yo; vi una vez un espectáculo de magia en un teatro en el que, hacia el final, aparecía un elefante en el escenario, y puedo afirmar que la reacción al ver el elefante fue considerablemente menor que la reacción al ver al bebé. ¿Por qué tenía tanta fuerza la presencia del bebé sobre el escenario? ¿Porque podía ponerse a llorar? Tal vez fuese el simple morbo del cameo: un bebé parece parte indiscutible de la vida cotidiana, y la vida cotidiana, aunque aparezca representada en el escenario, da la sensación de estar notoriamente ausente de él. Al resto de actores, si es que podemos considerar actor al bebé por mero contexto, los cubrió de pronto un resplandor fluorescente de falsedad, una falsedad que, al mismo tiempo, los hacía parecer reales, como entre bastidores, cepillándose los dientes, viendo Mad Men en el portátil. En el guion original de Ibsen no hay ningún bebé, solo niños pequeños.

Gente que se lleva bien con los bebés

Cuatro mujeres han quedado para comer. Una empieza a explicar lo bien que se lleva su madre con el bebé, su nieto. La madre de la mujer, la abuela, le prepara platos húngaros al niño, le prepara unos pimientos rellenos de pollo con nueces y granada mezclado con arroz: le encantan. La madre de la madre, además, siempre tiene algo que decirle al bebé, se pasa el día entero en una conversación constante con él, no se queda nunca sin energía para seguir hablándole, y al niño le encanta, y como charla tanto con él, y le tiene tanto cariño, es la mejor haciéndolo reír; él la adora; ella lo adora a él. «Creo, además —dice la amiga—, que cuando mi hermana y yo éramos bebés, también fue así de buena». Otra madre de la mesa (que, lógicamente, es hija también) en estos momentos tiene a su madre viviendo en casa, durante unos meses le echa una mano cuidando a la nieta, que es ya una niña pequeña, y no un bebé. La abuela se porta bien con la niña, muy bien, pero puede que fuese incluso mejor cuando ella misma era un bebé. Cuando ella era un bebé, fue una madre increíble, y eso que era un bebé complicado, con muchos cólicos. Esta abuela se lleva de maravilla con los bebés y con los muy ancianos, se lleva de maravilla con los sumamente vulnerables, señala, anticipa con gusto sus necesidades, mientras que, con los no tan vulnerables, puede tener, de hecho, un carácter bastante complicado. Yo comparto entonces una historia sobre mi propia abuela, una mujer que no destaca por tener un temperamento alegre, para nada, pero que, igual que esas otras mujeres, se lleva realmente de maravilla con los bebés; crio a sus nietos, y hasta ayudó a criar a sus bisnietos cuando eran muy pequeños. Todavía hoy, su bisnieto, un bebé grande…, su actividad predilecta es llevarle a la bisabuela su bastón. Mi madre también se toma muy en serio a los bebés, los adora, y cuando vuelvo a casa después de dejar a la bebé con ella, nunca las encuentro separadas: o la bebé está dormida en su pecho, o está sentada en el sofá justo al lado, manoteando. Esas cosas.

Y entonces noto que, de alguna forma, hablamos con recelo de esas personas que consideramos que se llevan excepcionalmente bien con los bebés. Como si no se llevasen bien con los adultos. Y caigo en la cuenta de que yo misma me he convertido en alguien que se lleva excepcionalmente bien con los bebés. Y que echo de menos a la mía, y que me muero de ganas de irme para volver a casa con ella.

El inicio de los malentendidos

A veces tengo la impresión, como madre, de que no hay criatura a la que entienda mejor que a mi hija. Seguramente se deba a que aún no dice realmente nada. Me preocupa cada vez más, ahora que ya va empezando a hablar, que estemos entrando en el inicio de los malentendidos. (Aunque tengo presente que es probable que, hasta ahora, fuese un malentendido lo que me llevaba a pensar que la entendía). Las palabras que dice son: burbuja, diez, zapatos, mamá, papá, ojos, aúpa y otra. Un escritor me dijo, hablando de sus dos hijos: «Descubrí que, en cuanto empezaron a hablar, mis amigos perdieron cualquier interés en ellos. Antes de hablar, parecía que tal vez estuviesen pensando algo. Luego aprendieron el idioma y resultó que no tenían nada más que una lista de necesidades e insatisfacciones». Es como si los bebés no se hiciesen más grandes al crecer, sino más pequeños, al menos a nuestros ojos. Llama la atención que, en los Evangelios canónicos, conozcamos a Jesús de bebé y de adulto, pero que de niño y de adolescente esté inoperante.

Una nueva ciudadana

Cuando la puma tenía tres semanas, la llevé a correos para tramitar su pasaporte. Llevé también la partida de nacimiento, la tarjeta de la seguridad social, una fotocopia de mi pasaporte, una fotocopia del pasaporte del padre, un formulario firmado ante notario por el padre según el cual autorizaba a solicitar el pasaporte de su hija sin estar él presente: me había informado. Por si acaso, llevé no uno, sino dos juegos de fotos de carné tomadas en un estudio profesional de fotos de carné. Sacarle esas fotos había llevado su tiempo. La puma tenía que salir en la foto ella sola, frente a un fondo blanco, lo que parecían un par de requisitos razonables. Pero aún no era capaz de sostener la cabeza, no digamos ya de sentarse, y tampoco es que se distinguiese por aguantar despierta, así que debía tener los ojos abiertos, y mirar a cámara —esos son los requisitos de cualquier foto de carnet—, y sí, llevó su tiempo.

Luego, la cola para la ventanilla de correos para la tramitación de pasaportes era también larguísima.

Una vez en la ventanilla de tramitación de pasaportes, al hombre que iba delante lo despacharon porque, pese a que llevaba una fotocopia del anverso del permiso de conducir, no llevaba fotocopia del reverso.

Me acerqué a la ventanilla y deslicé nuestra documentación por la ranura que quedaba bajo la mampara antibalas. La puma y yo habíamos estado esperando unos cuarenta y cinco minutos para llegar hasta ahí. Me sentí muy satisfecha de completar esa tarea esencial. Nos devolvieron de inmediato nuestra documentación; el empleado afirmó, sin inmutarse:

—No, la mano le está tapando la barbilla, la foto no es válida.

Era cierto que tenía la mano cerca de la boca. Yo, triunfante, anuncié que tenía otro juego de fotos, que en este otro no tenía la mano en la barbilla.

—No, en estas fotos se puede ver la mano de la madre.

—Bueno, por supuesto que sale mi mano, tenía que sostenerla en brazos frente al fondo.

Nos despacharon.

La semana siguiente hubo un cierre de la Administración.

Yo pretendía conseguir el pasaporte a tiempo para un viaje que debía hacer por trabajo.

Le saqué a la puma un montón de fotos con el iPhone, después de leer en internet que se podía: lo único que hacía falta era encontrar algún sitio en el que imprimiesen las fotos a tamaño carnet. De modo que fui con aquel moderno dispositivo tecnológico a Staples, pero no me pudieron ayudar; y luego a Kinko's, pero no me pudieron ayudar; así que volví a la tienda Fedex del principio, donde habían tomado las fotos de carnet no válidas; tenían el equipo fotográfico estropeado. Fuimos entonces a una tienda de recuerdos, electrónica y fotos de carnet al momento. Estaban atendiendo a un inmigrante de Bangladés, uno de México y otro de Pakistán. Tenían controladísimo el tema de que no se viesen las manos o los brazos de los padres en las fotos para el pasaporte. Me taparon la mano con un pañuelo y luego me hicieron arrodillarme en el suelo y alzar a la bebé como un títere delante del fondo blanco. A estas alturas, la puma y yo teníamos bastante hambre. Pero la ventanilla de pasaportes solo abría hasta las 14:30, así que volvimos directas a hacer cola.

La mujer nos dijo desde detrás del cristal blindado que salía a comer.

—Pero el cartel de la ventanilla dice que está abierto de nueve a cuatro.

La mujer respondió que ya llevaba esperando una hora más de la hora a la que tenía pensado ir a comer y que se iba a comer.

Nos fuimos a otra oficina de correos. No había nadie disponible que estuviese capacitado para gestionar pasaportes.

En una tercera oficina, de nuevo, no había nadie disponible, nos informaron. Entonces, desde un despacho interior, apareció una mujer con un sándwich en la mano; dijo que estaba disponible hasta las tres; eran las 14:50. Renunció al sándwich para ayudarnos. Revisó la documentación hoja a hoja. Llegó a las fotos. Sacó una regla y empezó a tomar medidas del retrato de la cara de la puma.

—La cabeza es demasiado pequeña —dijo—. De largo.

Era, especificó, dos milímetros demasiado pequeña.

—Mira, desde el 11S, revisan las solicitudes con lupa. No pasará de ninguna manera.

Nos marchamos, hambrientas, a una CVS en la calle 42 con la Décima Avenida. Una mujer que estaba delante de nosotras en la cola le estaba comentando al dependiente que se había hecho ya cinco juegos de fotos —estaba intentado conseguir un visado para viajar a China—, pero que tampoco le convencían estas últimas. Sentí que estaba a punto de volverme loca, de pie en la cola, escuchando una conversación cuyo fin no se adivinaba todavía, y seguramente me habría enfadado, o habría terminado llorando, de no ser porque la puma se me adelantó enfadándose y llorando. Al fin desplegaron la pantalla. Sacaron la foto de la puma, un rostro de resignada desesperación. Pagamos doble para llevarnos dos juegos de fotos: uno con la cabeza de la puma tirando a grande, y otro con la cabeza tirando a pequeña. Volvimos a la primera oficina de correos. La iluminación fluorescente parecía haberse tornado en sonido. Entregamos la documentación. ¡La foto estaba bien! La fotocopia del pasaporte de la madre estaba bien. La fotocopia del pasaporte del padre estaba bien. La tarjeta de la seguridad social no hacía ni falta. La autorización firmada por el padre ante notario estaba bien. Pero se había verificado mediante el permiso de conducir, no el pasaporte. ¿Traíamos el permiso de conducir? Nos despacharon.

El pasaporte no llegó a tiempo para su primer mísero viaje a las ocho semanas de vida, al otro lado de la frontera de Canadá. Cruzamos la frontera a base de explicaciones. La vuelta fue más complicada. A la policía fronteriza, nuestra partida de nacimiento y la tarjeta de la seguridad social la dejaron impasible.

—Aquí no hay ninguna foto —dijo la mujer de la caseta—. ¿Cómo sé yo que la niña es la niña que usted dice, si no hay ninguna foto con la que confirmar su identidad?

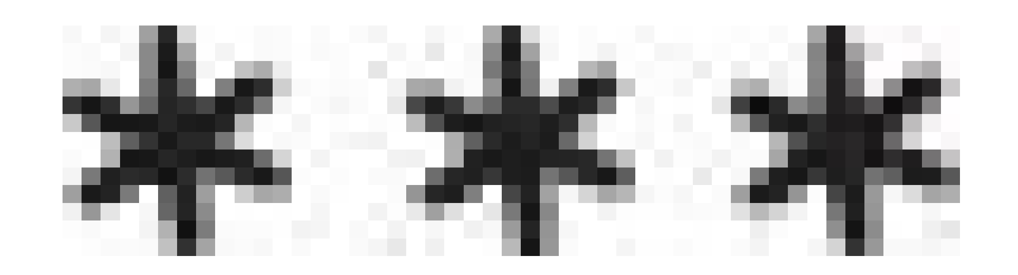
Nos la quedamos mirando. Al final, su supervisor nos dejó pasar. Había que reconocer que, con foto o sin foto, nadie podría identificar a la bebé, salvo nosotros.

El dinero y los bebés

Una noche, mi madre coge a la polluela —cuando empezó a desplazarse dejó de ser un puma y se convirtió en una polluela— y se la lleva por ahí con ella. Asisten las dos a una cena que celebran en la sinagoga de mi madre, en el sótano, una de esas cenas organizadas por edades; este es el grupo de cuarenta para arriba, lo que significa que la mayoría de la gente pasa de los sesenta. La polluela se pasea de aquí para allá por la mesa con el cubrepantalón en la mano, ofreciéndoselo a los comensales, rescindiendo la oferta y demás. Después de la cena, mi madre me dice que tendría que cobrar mil dólares al día por llevar a la polluela a una residencia de ancianos, porque hay que ver cuánto alegra y sana un bebé, tener a un bebé cerca es bueno para la salud, mucho mejor que la espirulina o el prozac: es increíble.

El padre de la polluela le dijo a mi madre que sí, que estaba de acuerdo. De hecho, eso es lo que piensa de las canguros. Que habría que cobrarle a la gente veinte dólares la hora por el privilegio de estar con la bebé. Un bebé es una mina de oro.

Todo lo que dijeron era cierto, pero, al mismo tiempo, lo sabemos, no era el caso.



«Notes on Some Twentieth-Century Writers» («Apuntes sobre algunos escritores del siglo XX») apareció publicado originalmente en Harper's Magazine.

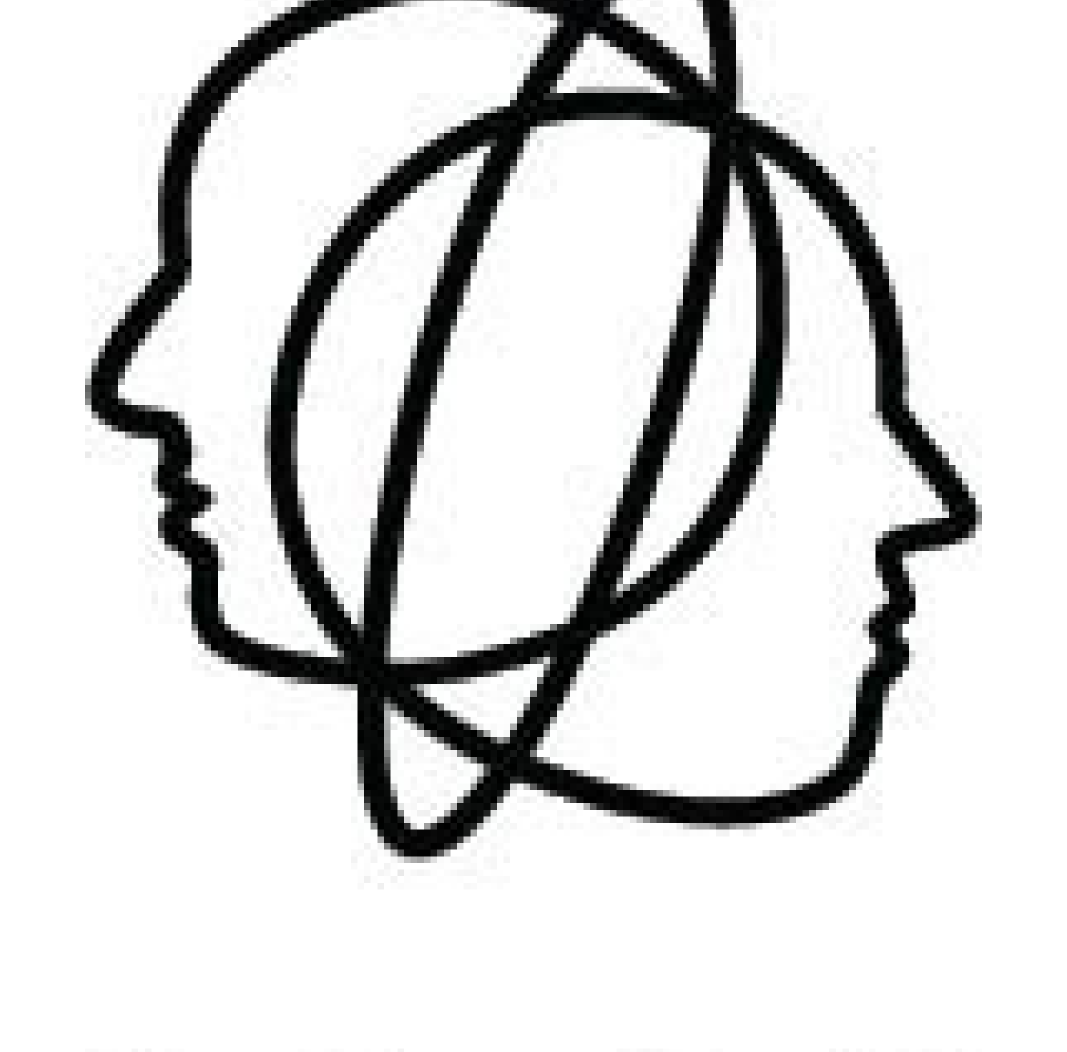
Los extractos de obras traducidas que se incluyen en el texto están tomados de:

KI NO TSURAYUKI, El diario de Tosa, trad. de Iván A. Pinto Román, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2004.

SEI SHŌNAGON, El libro de la almohada de la dama Sei Shōnagon, trad. de Iván A. Pinto, Oswaldo Gavidia e Hiroko Izumi, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002.

CLAUDE LÉVI-STRAUSS, Tristes trópicos, trad. de Noelia Bastard, Barcelona, Paidós, 2017.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS
De nuevo centauro Katixa Agirre
El pabellón 3 Bette Howland
La palabra bonita Elisa Gabbert
Yo, mentira Silvia Hidalgo
Una familia en Bruselas Chantal Akerman
El libro de las lágrimas Heather Christle
Las madres no Katixa Agirre



T R Á N
S I T O

Editorial Tránsito es respetuosa con el medio ambiente: este libro ha sido impreso en un papel ahuesado procedente de bosques gestionados de forma responsable.